



Colección Parlamento Futuro - ICaP

LOS DESAFÍOS DE LA **DEMOCRACIA** EN EL SIGLO XXI

Miradas sobre un sistema
de gobierno en permanente
tensión

**LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRACIA
EN EL SIGLO XXI**

LOS DESAFÍOS DE LA DEMOCRACIA EN EL SIGLO XXI

Miradas sobre un sistema
de gobierno en permanente tensión

Instituto de Capacitación Parlamentaria (ICaP)

Secretaría Parlamentaria HCDN

Los desafíos de la democracia en el siglo XXI: Miradas sobre un sistema de gobierno en permanente tensión / Carlos Lazzarini... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Teseo, 2021. 74 p.; 20 x 13 cm.
ISBN 978-987-723-319-3
1. Democracia. 2. Política Argentina. I. Lazzarini, Carlos.
CDD 321.8

© Editorial Teseo, 2021

Buenos Aires, Argentina

Editorial Teseo

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de esta obra, escribanos a: **info@editorialteseo.com**

www.editorialteseo.com

ISBN: 9789877233193

Las opiniones y los contenidos incluidos en esta publicación son responsabilidad exclusiva del/los autor/es.

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

Autoridades

Sergio Tomás Massa

Presidente

Juan Manuel Cheppi

Secretario General

Eduardo Cergnul

Secretario Parlamentario

Rodrigo Rodríguez

Secretario Administrativo

Equipo editorial

Colección Parlamento Futuro – ICaP

Dirección

Carlos G. Lazzarini

Coordinación

Federico D. Quilici

Colaboración

Gabriel Livov

Martín D’Ascenzo

Rodrigo Páez Canosa

Florencia Leudonia

Autoridades y equipo del Instituto de Capacitación
Parlamentaria de la Secretaría Parlamentaria de la HCDN

Dirección de Servicios Electrónicos de la Dirección
General de Informática y Sistemas de la HCDN

Índice

Prólogo	13
<i>Carlos Lazzarini y Federico Quilici</i>	
Repensar conceptos, renovar la democracia	15
<i>Daniel Innerarity</i>	
Repensando la democracia	23
<i>Marcelo Cavarozzi</i>	
Argentina debe regular la iniciativa popular	31
<i>Yanina Welp</i>	
Repensando América Latina	45
<i>Fernando Calderón</i>	
Nuevas tecnologías y democracia.....	59
<i>Cecilia Nicolini</i>	
Acerca de los autores y las autoras	71

Prólogo

CARLOS LAZZARINI¹ Y FEDERICO QUILICI²

La democracia es un régimen político que tiene fácil la pregunta y difícil la respuesta. Es un sistema fundado en la participación y, en consecuencia, la demanda hacia las instituciones no solo está permitida sino que es constante y, la mayoría de las veces, la respuesta ofrecida en formato de políticas públicas suele ser percibida como insuficiente e incluso ineficiente.

Las democracias siempre han enfrentado desafíos. Desde su estabilidad y supervivencia, hasta los vinculados a sus parámetros de eficacia y eficiencia o niveles de gobernabilidad. En la actualidad, los desafíos parecen multiplicarse, combinándose aquellos que arrastra a lo largo de su historia y cuyas respuestas todavía resultan poco convincentes, como la pobreza y la desigualdad, con otros retos contemporáneos derivados de la globalización, la revolución tecnológica, la diversidad, las migraciones, la ciberseguridad, la posverdad, el uso de datos personales y el riesgo de la cibervigilancia para con los ciudadanos por parte de los Estados, por mencionar solo algunas de las dimensiones de la complejidad actual que sin duda agregan tensión e insatisfacción. A tal punto que anima a algunos intelectuales a colocar a la democracia en situación de agonía o bajo una amenaza creciente.

Con la intención de promover el debate y la reflexión, desde el Instituto de Capacitación Parlamentaria de la Cámara de Diputados de la Nación, nos propusimos realizar un Webinar titulado *Los desafíos de las democracias en el siglo XXI*. Lo hici-

¹ Director del Instituto de Capacitación Parlamentaria. Secretaría Parlamentaria. Honorable Cámara de Diputados de la Nación.

² Subdirector del Instituto de Capacitación Parlamentaria (ICaP). Secretaría Parlamentaria. Honorable Cámara de Diputados de la Nación.

mos en un marco de pluralidad de ideas, convocando a diversos especialistas a dialogar sobre lo que ellos y ellas consideraban como los retos principales para las democracias del siglo XXI.

Así, esta publicación es el producto de esas conversaciones que tuvieron lugar en el espacio virtual a lo largo del año 2020. Está claro que la pandemia fue una problemática presente, pero como se podrá observar en las siguientes páginas, cada autor y autora centró su trabajo en desafíos que preexistían al Covid-19, aunque no hace falta puntualizar que muchos de ellos se vieron agudizados por la crisis sanitaria y que adquirieron una visibilidad sin precedentes. En síntesis, el objetivo del semanario y ahora de esta publicación es realizar un pequeño aporte a la comprensión de los desafíos sociales, políticos e institucionales que afrontan nuestras democracias, muchos de los cuales son heredados del siglo XX y otros, producto de las nuevas interdependencias propias del siglo XXI.

Por último, no queremos dejar de agradecer el interés, la generosidad y la amabilidad de Daniel Innerarity, Yanina Welp, Marcelo Cavarozzi, Cecilia Nicolini y Fernando Calderón, por ser parte de esta iniciativa. Poder contar con sus aportes, ideas y reflexiones no solo otorga prestigio al ICaP como espacio de formación y capacitación, sino también a la Cámara de Diputados de la Nación como casa de la democracia, de consensos y de diálogo permanente.

Repensar conceptos, renovar la democracia

DANIEL INNERARITY

Llevamos un tiempo diciendo que la democracia se muere, que está amenazada por realidades muy poderosas de diverso tipo. Si los que abordan estos temas tuvieran la capacidad de leer el futuro sería para echarse a temblar porque, efectivamente, los diagnósticos son terribles. Decir que todas las democracias se han suicidado parece un poco exagerado, pero la democracia ha tenido diversos formatos. Ha habido democracia ateniense, de los Estados nación, del Estado nacional y, probablemente, ahora estamos inaugurando una nueva época que no sabemos muy bien qué forma va a tener. Y si bien se trata de conservar los principios y los valores centrales, seguramente muchas de sus formas y modalidades van a tener que cambiar. Será preciso repensar conceptos clave, como autogobierno, poder y representación, entre otros, en un mundo muy diferente de aquel en donde se diseñaron.

Para pensar en cómo entender esta crisis, resulta más fácil comenzar por cómo no deberíamos entenderla. Algunos libros y artículos señalan que el final de esta democracia va a tener un carácter muy similar al del final de la democracia en los años 30 en Europa. No comparto esta visión, el tipo de amenazas a nuestra democracia tiene forma, más que de complot, de debilidad política, falta de confianza, negativismo u oportunismo de los actores políticos. Tiene lugar al mismo tiempo un desplazamiento de los centros de decisión hacia lugares no controlables democráticamente. Este tipo de amenazas son muy diferentes y no serían detectadas por nuestro radar si estuviéramos pensando en

hombres armados que irrumpen en un edificio. Esta degradación es lo que más nos debería inquietar.

De tener que centrarse en un valor, un concepto o algo nuclear a la vida democrática, actualmente, yo diría que el principal problema que tenemos es la falta de confianza generalizada de las élites hacia la gente y de la gente hacia las élites. Por lo tanto, las dos grandes macroideologías del mundo contemporáneo, que son el populismo y la tecnocracia –es decir, la excesiva confianza en el poder de la gente a la hora de diseñar nuestra vida política, o la excesiva confianza en el poder de los expertos– tienen en común que son parte de una destrucción de la confianza. Hay un malestar general que tiene que ver con que, en las democracias contemporáneas, probablemente hemos sobrepasado un umbral a partir del cual ya no pueden funcionar aceptablemente.

A partir de aquí se plantean diagnósticos distintos. Las derechas atribuyen este problema a que los gobiernos no son capaces de gobernar con eficacia, tendiendo a hacer, en general, diagnósticos en esta dirección. Las izquierdas sostienen que el problema es que los gobiernos no quieren gobernar con equidad. Los electores de extrema derecha desconfían de los diferentes, de las minorías, y las izquierdas están más inclinadas a desconfiar de las promesas de los representantes. Pero en unos y otros parece ser que la categoría que se ha quebrado es la confianza. A unos les parece que la redistribución es ineficaz y a otros que es insuficiente. Si esto es correcto, entonces no deberíamos incurrir en diseñar un mapa de la situación según el cual el problema que tenemos es una contraposición entre élites y pueblo, un esquema que está vigente tanto en las derechas como las izquierdas, tanto en las tecnocracias como en los populismos. Tenemos un problema previo, más radical, de ruptura, de quiebra, que se expresa en esta contraposición.

El asunto, entonces, es pensar cómo volvemos a concebir y fusionar la dimensión popular y la dimensión técnica, la dimensión de legitimidad social con la dimensión de competencia política. Esta es la gran tarea que tenemos,

la gran sutura que hay que realizar: pensar cómo conseguimos dejar de oscilar entre esa arrogancia de las élites y esa arrogancia de los electores. Unas y otras pueden estar retroalimentándose en una idea según la cual para unos el problema es que la población no obedece a los gobernantes y, para otros, el problema es que los dirigentes no obedecen a los gobernados. Por tanto, según unos y otros tendría que haber una correa de transmisión directa en un sentido o en otro entre la gente y sus representantes. Mientras no superemos esta ruptura, la democracia tiene difícil arreglo.

Renovación de la democracia

Se pueden plantear cuatro grandes ejercicios para la renovación de la democracia. En primer lugar, tenemos una democracia incompleta tanto en el sentido de que no hemos avanzado lo suficiente en ella, como de que no hemos integrado suficientemente todos los factores que deben intervenir en lo que sería una democracia compleja. Partamos de la siguiente constatación: en estos momentos, todos, incluso aquellos que son más encarnizados enemigos de la democracia, apelan a ella. Incluso las extremas derechas apelan a un valor democrático. Un politólogo alemán, hace ya muchos años, decía “todos los caminos llevan a la Roma de la democracia”. Todo el mundo estaba apelando a la democracia, incluso aquellos que son sus más encarnizados enemigos. Esto se puede deber a que cualquier dimensión de la democracia tomada unilateralmente -si nos fijamos solo en la participación ciudadana, en la primacía del derecho, en la rendición de cuentas o en el elemento electoral, y nos desentendemos de todo lo demás- lleva a una democracia menguada, a una democracia amputada. Por eso, el gran desafío que tenemos a la hora de pensar, renovar y practicar la democracia es evitar este reduccionismo, esta mutilación, esta simplificación. La democracia es un conjunto

de valores que tienen que equilibrarse establemente, un equilibrio que varía según los temas, el momento histórico, el país, la circunstancia concreta. Por tanto, en este primer punto, la propuesta es que vayamos a un concepto de democracia más compleja, que integre más factores, valores, agentes y que sea menos simplista.

La segunda propuesta es un poco provocativa y contraintuitiva. Un teórico contemporáneo de la democracia decía que esta es demasiado importante como para dejarla en manos de los políticos, e incluso de un pueblo que vote en referéndums. Es decir que, de alguna manera, la democracia es un sistema que confía en el pueblo, pero que al mismo tiempo desconfía de él. Confía en el poder soberano, reconoce la soberanía del pueblo -valor básico fundamental de la vida democrática-, pero, al mismo tiempo, establece procedimientos para limitar ese poder. Por poner un ejemplo, la reforma constitucional no se puede hacer en cualquier momento o contexto y está condicionada a una serie de circunstancias. Por otro lado, el soberano en cada momento tiene un poder de decisión, pero también hay una limitación de ese poder como, por ejemplo, la primacía del derecho.

Para esto podemos pensar el siguiente ejemplo: muchos dispositivos electrónicos, como los frenos de los autos, están pensando para que nos obedezcan. Pero hay sistemas sofisticados de frenado, como los frenos ABS, que están pensados y diseñados para desobedecernos, parcialmente al menos, en momentos de pánico. Entonces, cuando se tiene que frenar porque hay hielo en la carretera o porque pasa un animal uno, llevado por el pánico, frenaría de una manera muy brusca pero el freno desobedece.

Se podría decir que esto es una falta de soberanía, que nos quita capacidad de decisión. Sin embargo, si lo pensamos mejor, se puede considerar un avance de la inteligencia colectiva. Un largo proceso de aprendizaje nos ha enseñado que, muchas veces, nuestros problemas no vienen de un enemigo exterior que nos invade, sino que buena parte son autogenerados. Ulrich Beck decía que vivimos en una

civilización que está expuesta a una continua autoamenaza. Hablar del “virus chino” es una manera de distraer la atención sobre formas de vida que probablemente explican en buena medida los problemas que estamos padeciendo. Hemos de pensar la democracia como un sistema que nos confiere el poder, pero también como un sistema que nos lo limita, donde hay que buscar equilibrio entre estas dos dimensiones.

La tercera propuesta es que nos fijemos más en el diseño institucional que en la irrupción providencial de líderes intachables y competentes. A modo de ejemplo, unos sociólogos ingleses se preguntaban qué pasaría si durante un tiempo el gobierno del Banco de Inglaterra fuera ocupado por una docena de monos. Cuando uno se encuentra ante este experimento mental, lo primero que le viene a la cabeza es una sensación de horror porque puede pasar cualquier cosa si unos monos se hacen cargo del Banco de Inglaterra. Pero si lo pensamos un poco, nos daremos cuenta de que si el banco está bien diseñado, lo que deberíamos esperar de ese gobierno provisional es que no pasarán demasiadas cosas. Es decir, el sistema de gobierno, la inteligencia colectiva diseñada en las instituciones, procedimientos, cultura política, sistemas de resolución de conflictos, establecerían una serie de equilibrios que impedirían que los monos hicieran grandes desastres. Este experimento mental es interesante porque tenemos un modo de pensar el mundo demasiado centrado en el comportamiento individual y muy poco focalizado sobre el comportamiento colectivo. Pensamos demasiado en individualidades y muy poco en sistemas de inteligencia colectiva. Chesterton decía que en ningún sitio había visto un monumento a una comisión, que todos los monumentos en todas las plazas de nuestras ciudades y nuestros pueblos suelen ser de una gran personalidad. Ese puede ser, entonces, uno de los grandes problemas que tenemos. Pensamos que la historia se hace sobre la base de grandes individualidades que en un momento determinado lideran ciertos procesos colectivos.

Deberíamos pensarlo al revés: se trata de generar sistemas, procedimientos e instituciones que den lugar a una gobernanza inteligente. Sobre todo teniendo en cuenta, además, que buena parte de nuestros problemas sociales y políticos tienen que ver no tanto con que estén al frente del gobierno personas incompetentes, que también ocurre, sino con que estamos en un tipo de sociedad demasiado contagiosa y expuesta a riesgos concatenados e insostenibles. Por tanto, sugiero que no temamos tanto a los vicios de nuestros gobernantes y que no esperemos tanto de sus virtudes. En cambio, que nos preocupemos más de las reglas, de la interconexión bien organizada, de esas estructuras que determinan la interdependencia de unos por otros. Esto vale tanto para el interior de los Estados como para la gobernanza global. No esperemos demasiado de personas especialmente dotadas que providencialmente se hacen cargo de nuestros gobiernos; pensemos que una sociedad está bien gobernada cuando es capaz de resistir el paso de los malos gobernantes.

En estos 200 o 300 años de democracia moderna se han ido configurando sistemas de gobierno, constelaciones institucionales que proporcionan a la democracia un alto grado de inteligencia sistémica. Seguramente no son suficientes, especialmente si tenemos en cuenta las transformaciones que hemos padecido en los últimos años. Sin embargo, esto es mucho más relevante que los componentes particulares del sistema social y del sistema político. Por eso, es conveniente recordar siempre algo que constituye el ADN de la democracia: está hecha para la gente corriente, para el votante y el político medio. No somos personas especialmente inteligentes o virtuosas, somos personas que, si hay incentivos para actuar en una determinada dirección, actuaremos bien y, si no, actuaremos mal. No hace falta fijarse en ese 10% de hombres y mujeres especialmente virtuosos, ni tampoco en ese 10% de ciudadanos y ciudadanas especialmente viciosos y corruptos, sino que hagamos la política para el 80% restante. Pensemos ese conjunto de

incentivos de información y participación que tiene que ver con cómo el sistema compensa la mediocridad de los actores, empezando por nosotros mismos como votantes.

Por último, propongo que entendamos que las instituciones globales en estos momentos son instituciones que pueden ayudar a la democratización de las naciones. Nuestra intuición nos suele jugar malas pasadas. En este caso concreto, nuestra intuición nos lleva a pensar que la democracia se realiza en los Estados. Esto se debe a que, en nuestra experiencia histórica, la democracia tiene formato nacional, se ha realizado en los Estados nación. Pero, de repente, aparecen instituciones globales de diverso tipo que se alejan de la lógica del formato, de los usos y costumbres de la democracia nacional. Así, tendemos incluso a pensar que esas instituciones despolitizan nuestra democracia, incluso que son instancias en desdemocratización. Es verdad que muchas de esas instituciones han tendido a actuar de manera tecnocrática y que alejan los centros de decisión. A veces, por ejemplo, se tienen grandes dificultades en Europa para saber quién toma las decisiones. Nos olvidamos de que, si estas instituciones han surgido y cada vez tienen más poder y más relevancia, es porque tratamos con ellas de compensar déficits concretos de las naciones Estado.

En el caso concreto de Europa, la Unión Europea surgió a partir de la constatación de que los Estados nacionales europeos eran incapaces de proporcionar ciertos bienes comunes a sus poblaciones. Sobre todo la paz después de muchos años de guerra entre las naciones europeas, pero también la prosperidad, la democracia, etc. En cierto modo, entonces, las instituciones supranacionales o transnacionales vienen a compensar la incapacidad de los Estados de proporcionar determinados bienes comunes a los que la gente tiene derecho. Esta dimensión global no tiene por qué ser una dimensión desdemocratizadora, sino más bien todo lo contrario. Ulrich Beck decía que la política no ha muerto, lo que ha ocurrido es que ha emigrado desde los clásicos

espacios nacionales delimitados, cerrados y autárquicos a los escenarios mundiales interdependientes. Para ese nuevo escenario no tenemos fórmulas políticas, instituciones propias ni una democracia adecuada. Más bien, tenemos que pensarla, diseñarla y debatir sobre ello. En buena medida, el futuro de la democracia nacional y doméstica se juega en la respuesta que demos a estos déficits y a esta institucionalización transnacional. Es muy importante que haya centros de pensamiento, institutos que midan la efectividad de las legislaciones, y que tengamos instrumentos de previsión y de anticipación de riesgo para que la democracia funcione bien.

Repensando la democracia

MARCELO CAVAROZZI

Para repensar el tema de la democracia, conviene reparar en que la democracia tiene ya varios siglos de historia; no en lo referido a su vigencia como régimen político, que es relativamente reciente, sino más bien como idea o como demanda de los sectores excluidos en la extendida historia de las sociedades predemocráticas.

El concepto surge en la Grecia antigua, una sociedad en la cual coexistían una ciudadanía restringida y la esclavitud; por ende Grecia no era una sociedad democrática en el sentido moderno. El fenómeno democrático, la demanda democrática, y como corolario los conflictos políticos modernos, tienen que ver mucho con lo que Eric Hobsbawm llamó la era de las revoluciones. Con la Revolución francesa de fines del siglo XVIII y la emergencia de las primeras naciones en los Países Bajos e Inglaterra se puso el tema democrático en el centro del escenario político de Occidente, es decir, el de Europa y las dos Américas –continentes que los europeos habían despoblado y repoblado en los cuatro siglos que se sucedieron a partir de 1500–.

Eso no implicó, empero, que la democracia como práctica política se desplegara en el Occidente hace varios siglos; en realidad eso ocurrió recién en las postrimerías del siglo XIX. E incluso en esa coyuntura, la efectividad del sufragio era relativa ya que estaba puesta en cuestión por las limitaciones que afectaban a los derechos civiles de libertad de expresión y de asociación, especialmente del segundo. Los sindicatos de trabajadores, por ejemplo, todavía eran perseguidos en prácticamente toda Europa occidental y América del Norte. Este tema es muy importante porque incluso en sus inicios, la cuestión democrática ya tenía que ver con

cómo la democracia política electoral podría ser un ámbito en el cual se discutieran otro tipo de derechos y conquistas, y no solo los vinculados al ámbito político electoral propiamente dicho.

Si el primer atributo de una democracia política es el sufragio universal, sin exclusiones de ningún tipo, un segundo atributo se vincula a que, dentro del juego democrático, tiene que haber alternancia en el poder. Si nos atenemos a esta definición minimalista, en cierto sentido schumpeteriana, la democracia emerge hacia fines del siglo XIX y principio del siglo XX. Ya después de la Primera Guerra Mundial se extiende a otros países europeos, a algunas antiguas colonias británicas y, casi paralelamente, a algunos países de América Latina. Durante el período de las primeras décadas del siglo pasado (al igual que en Europa y en EE.UU.) en América Latina se vivió una democracia masculina, ya que, como es sabido, el voto femenino llegó tardíamente a estos países.

Otro fenómeno para reflexionar es por qué las democracias solo surgen en sociedades capitalistas. Si bien es un régimen que se articula exclusivamente en economías políticas capitalistas, la democracia tiene una convivencia contradictoria con el capitalismo, no es una relación tranquila, ya que, durante una larga etapa de vigencia del liberalismo político durante el siglo XIX, tanto en el mundo del norte como, más tarde, en América Latina, ese liberalismo político fue antidemocrático. No era democrático porque se pensaba que el sufragio tenía que extenderse a una porción muy limitada de la población, sobre todo a los poseedores de ciertos atributos intelectuales y mínimos montos de riqueza.

Fue recién hacia fines del siglo XIX que la cuestión obrera y sindical emergió en ese capitalismo haciendo que el tema democrático empezara a expandirse a franjas más amplias de la población para, finalmente, incluir a la totalidad de la población adulta. Esto no fue una mera casualidad, porque hay que tener en cuenta que el capitalismo está

basado en relaciones poco igualitarias. En la medida en que el capitalismo busca el beneficio y está asociado a una filosofía de individualismo bastante posesivo, hay una relación contradictoria y de tensión entre democracia y capitalismo desde fines del siglo XIX hasta fines del siglo XX. Esta tenía que ver con que, en la arena democrática, se discutan derechos que iban más allá de los derechos políticos y la cuestión electoral. Un ejemplo es todo el tema de la regulación de los salarios, donde se afincaron los liberales no democráticos en la etapa predemocrática para promover que al sufragio solo tuvieran acceso “los mejores”.

Es importante entonces pensar que, durante un largo siglo, la expansión y la historia de la democracia, con todas sus características específicas que asumen los distintos contextos regionales –la historia de la democracia en América Latina es distinta de su historia en los países del capitalismo central del Atlántico norte–, tuvo que ver con la posibilidad de que en esa arena democrática o política se discutieran derechos o cuestiones que iban más allá de lo estrictamente electoral. Esto se vinculó centralmente en América Latina con la cuestión del Estado. En América Latina se fue desplegando –sobre todo a partir del periodo de entreguerras en algunos países como México, Brasil y los países del Cono Sur, Chile, Uruguay y Argentina– un juego político que se desarrolló transitando diferentes rutas a las de los países del capitalismo central. En uno y otro ámbito se planteó una cuestión central: la discusión, democrática o no, de cuál debía ser la modalidad de regulación política de los mercados. Regulación política significaba revisar qué funciones podía asumir el Estado para moldear e influir sobre las tendencias que tiene la economía del mercado respecto de generar desigualdades de ingresos y oportunidades.

Un rasgo de las últimas décadas –sobre todo a partir de que se da esa especie de revolución neoliberal en el mundo a partir la década de los 80 del siglo pasado– es que las economías de mercado han desarrollado mecanismos cada vez más eficaces para resistir los efectos de la regulación

política. Es decir que, esa relación que era contradictoria, pero que permitía coexistir conflictivamente democracia y capitalismo, si se mira un lado de la moneda, se ha vuelto más armónica porque hay menos conflicto entre ambos ámbitos. Ese fenómeno, por un lado, ha disminuido el atractivo de los regímenes autoritarios. Pero si miramos el otro lado, esa convivencia también está señalando un problema, que es la mayor limitación de los mecanismos políticos de la democracia para regular al capitalismo. Este es un tema central para entender cómo ha evolucionado el capitalismo en los últimos 30 o 40 años, sobre todo a partir de esa revolución neoliberal. El primer programa económico neoliberal en el mundo fue el de Chile de 1975. Este es el del Chicago Boys chilenos que le pasan el programa a Pinochet para mover a Chile en la dirección de lo que ahora, a partir de las protestas sociales de 2019, se está discutiendo acerca de si sigue vigente ese modelo. Como se sabe, se llevó a cabo, justamente, un plebiscito para ver si se mantiene la Constitución autoritaria de Pinochet o si se reforma democráticamente. Esto va en el sentido de que, a través de mecanismos democráticos, se puedan discutir cuestiones que tienen que ver con la economía de mercado. En el caso chileno un tema central, por ejemplo, son los fondos de pensión que todavía son manejados privadamente y con efectos poco igualitarios en la economía chilena.

Esa revolución neoliberal, entonces, comienza en América Latina con Pinochet. En el norte, los dos adalides fueron, claro está, Ronald Reagan en EE.UU. y Margaret Thatcher en Gran Bretaña; en ambos gobiernos su éxito estuvo asociado a que lograron derrotar huelgas. La primera batalla política que enfrenta Reagan fue la batalla de su gobierno contra los controladores aéreos. Reagan gana la huelga y destroza al sindicato de controladores aéreos. Thatcher, por su parte, tiene como contrapartida la huelga minera donde termina con los viejos sindicatos ingleses mineros. Por lo tanto, en ese sentido, hay un avance material de ese tipo de filosofía.

La otra cara de la moneda, entonces, de esta convivencia armónica entre democracia y capitalismo, es que la democracia corre el riesgo de que los mecanismos democráticos pierdan efectividad para debatir y decidir sobre cuestiones económicas y sociales relevantes, y, por ende, tornarse inofensiva. Las sociedades del norte, de hecho, se han vuelto menos igualitarias no solo en términos de distribución del ingreso, sino en términos de las relaciones generacionales. Los jóvenes de Europa y EE.UU. tienen muchas menos oportunidades que las que tenían sus abuelos y sus padres de llegar a ascender socialmente. Eso, por supuesto, también pasa en América Latina.

Un segundo elemento de la democracia para marcar –y que ha sido señalado por grandes autores tanto europeos como latinoamericanos– es que la democracia es anómala. Carlo Donoso, un notable sociólogo italiano, hacía referencia a que la democracia tiene una sombra autoritaria. Claude Lefort, otro gran intelectual, en este caso francés, decía que las democracias tienen una potencia adversa –por supuesto que estaba pensando en el surgimiento del fascismo y el nazismo en Europa en el momento en que hacía estas afirmaciones, y en el estalinismo, que también emergió en un contexto totalitario como el fascismo y el nazismo en Alemania–. Si reparamos en un argumento desarrollado por Wanderley Guilherme dos Santos, politólogo brasileño, hacía también alusión a este atributo cuando sostenía que “... la democracia, por su propia esencia, está condenada a aceptar el uso de sus instituciones con el objetivo reaccionario de destruirla. Ningún otro sistema asiste pasivamente a la persistente corrosión de sus fundaciones para hacerla sucumbir”. Efectivamente, si uno piensa en sistemas no democráticos –fascismo, dictaduras militares, fundamentalismos religiosos–, de ninguna manera esos regímenes aceptan pasivamente el uso de sus mecanismos institucionales para subvertirlos. En cambio, la democracia, por su esencia –precisamente porque incluye mecanismos que posibilitan incluso el cuestionamientos de sus

fundamentos-, pueda ser abolida, o restringida sustancialmente, a través de sus instituciones. Esa es la razón por la que en el contexto democrático de los últimos años hayamos asistido a fenómenos –algunos con etiquetas de derecha y otros con etiquetas de izquierda- donde se utiliza la democracia para corroerla y hacer sucumbir sus fundamentos, que son los mencionados inicialmente. En el mundo del norte no solo tenemos a Trump y a Boris Johnson en Gran Bretaña, sino también a Víctor Orbán en Hungría, que se felicitaba cuando, al comienzo de la pandemia, Hungría había logrado que el parlamento le diera permiso para gobernar con decreto nacional de urgencia –que en Hungría no se llama así pero que tiene un efecto similar a ese instrumento en la Argentina.

Entonces, este segundo elemento debe ser tenido en cuenta. Puede ser utilizado con ropajes de derecha, porque hay que reconocer que hay un avance de una derecha autoritaria que se beneficia de estas licencias y “anomalías” que da la democracia por su propia esencia; pero también por discursos, relatos y experiencias que se autotitulan de izquierda para seguir un derrotero similar. En este sentido, no habría que olvidarse que en el mundo está funcionando la segunda gran potencia, China, que nunca fue democrática y que en los últimos 30 años se ha vuelto capitalista plenamente, pero que todavía sigue utilizando en su justificación del funcionamiento institucional el adjetivo de “República Popular”.

Con este segundo elemento nos encontramos, así, con un campo de lucha democrático que se vuelve todavía más crucial en estas etapas en las cuales asistimos a esta doble crisis. Por un lado, está la crisis de la pandemia. Como todos sabemos, no solo tiene que ver con las cuestiones sanitarias sino con cómo se manejan todas las regulaciones acerca del funcionamiento de la economía y de la sociedad para poder paliar o responder a la amenaza sanitaria. Al mismo tiempo, sin dañar la economía de los respectivos países porque vemos que hubo, inicialmente en el mundo, una caída

brutal, sobre todo en el mundo del capitalismo occidental, del ingreso y del producto bruto.

Por otro lado, la otra crisis es la relación contradictoria entre capitalismo y democracia. En la conferencia con Daniel Innerarity, una participante preguntó si la democracia efectivamente podía ser expandida en otras direcciones y en otros ámbitos más allá de lo propiamente electoral. Innerarity interpretó este interrogante en función de cómo relacionar los niveles de funcionamiento democrático de los países individuales de la Unión Europea y el funcionamiento del parlamento europeo como instancia de gobierno regional, que es una dirección totalmente pertinente para pensar. Pero también hay que pensar el tema en otra dirección que abarca cómo podemos rescatar el conflicto, la lucha y la demanda democrática para que efectivamente llegue a otros ámbitos de la vida social y no simplemente al ámbito propiamente electoral. Si uno ve la evolución de las sociedades capitalistas, tanto del norte como de las semi-periféricas de América Latina, se encuentra con que en las últimas décadas hubo ámbitos en los cuales encontramos avances. Por tanto, hay avances en temas de igualdad de género, pero todavía tenemos mucho de sociedad machista y paternalista. Sin embargo, se puede argumentar que se ha ido hacia atrás en relación a la eficacia de la democracia, para discutir, por ejemplo, los temas de la economía y de la regulación social de la economía. Tema que hay que debatir, pensar y luchar para lograr que podamos transformar a esta como una cuestión pública, más allá de las cuestiones partidarias de cada país.

En ese sentido, podemos tomar como ejemplo el caso de Chile, donde se aprobó la creación de una convención constituyente para discutir el modelo económico y social heredado de la etapa autoritaria que se mantuvo vigente entre 1990 y 2020. Como se sabe, Chile a partir de octubre de 2019 fue escenario de protestas muy fuertes contra el gobierno de Piñera que había sido elegido presidente con el apoyo de los partidos que habían apoyado a Pinochet. Pero durante los siguientes meses, cuando

las protestas continuaron expandiéndose, hubo, de parte de la mayoría de los chilenos y las chilenas, un rechazo al conjunto de la clase política. No solo rechazaban a los partidos de la coalición de derecha, sino también a los partidos de la concertación democrática de centro izquierda. Incluso a los nuevos partidos del frente amplio que habían surgido de una izquierda más progresista en los últimos dos o tres años. Ese rechazo a la política es un riesgo muy importante porque lo que revela es que la población no tiene confianza en que, a través de la política, se puedan cambiar las condiciones de vida. Ese es el ámbito en el cual tenemos que dar la lucha, en el futuro, para que efectivamente la democracia deje de ser inofensiva y se torne atractiva nuevamente para las mayorías populares.

Al mismo tiempo, debemos evitar deslizarnos en la dirección de que las anomalías de la democracia y su indefensión frente a sus enemigos internos, la conviertan en una víctima fácil del autoritario de turno, como ocurrió en el caso norteamericano de Trump y en América Latina ha permitido el avance de autoritarismos de derecha y autotitulados de izquierda como los de Brasil, Venezuela y Nicaragua.

Por último, el desafío es recuperar la democracia para reponer la posibilidad de dilucidar colectivamente temas como la relación entre salario, productividad del trabajo y desigualdad creciente. Para tomar un ejemplo relevante, en Estados Unidos, a partir de la década del 30 del siglo pasado hasta la del 80, la curva de aumento salarial era prácticamente coincidente con la de la productividad del trabajo. Eran dos curvas que iban recorriendo una pendiente totalmente coincidente. Sin embargo, a partir del principio de los 80, la productividad del trabajo continúa su trayecto en alza mientras que el salario se estabiliza, se torna plano, porque ya no aumenta en función de esta productividad. Esa es una razón material muy fuerte para explicar por qué las oportunidades de tener una vida más o menos razonable para los hijos y nietos de las generaciones de posguerra –lo que los norteamericanos llaman las generaciones del *baby boom*– se vayan achicando cada vez más. Esto debe poder debatirse y cuestionarse en democracia, ese es el desafío.

Argentina debe regular la iniciativa popular

YANINA WELP

Por una aproximación demasiado general, cuando se habla de participación ciudadana –y las autoridades políticas, en especial, tienden a ser bastante ambiguas– se confunde la participación con una encuesta o con otros formatos que no son propiamente de participación política ciudadana. Una encuesta, por ejemplo, recoge información, pero no hace participar políticamente a la gente. Esta tiene un diseño previo y no hay una conexión directa con el *policy making*. Tampoco es participación ciudadana organizar una reunión o encuentro para hacer diagnósticos con un grupo selecto de participantes. Cuando hablamos de mecanismos de participación, no les negamos el valor a estos dos procedimientos, que incluso pueden ser muy útiles para definir políticas públicas. Sin embargo, hay que ser precisos a la hora de utilizar el lenguaje para, justamente, no confundir unas cosas con otras y, de alguna manera, no decirle a la ciudadanía que se están abriendo procesos de participación cuando lo que se hace es otra cosa, como un relevo de la opinión pública o una consulta selectiva. Hacerlo es problemático por muchas razones, entre otras, porque darles centralidad a las encuestas puede contribuir a la erosión del rol de liderazgo programático de los partidos políticos.

Los partidos políticos tienen un rol central por medio del aporte de propuestas e ideas, y no debería ser su función estar adaptando por completo o en gran medida sus propuestas e ideas a lo que dicen las encuestas. Si gobernarán de ese modo, no necesitaríamos partidos sino un modelo de democracia directa, electrónica y global, que

no defendemos para nada ni vemos factible. Los partidos deben generar alternativas bien fundamentadas y competir en elecciones sobre la base de esos programas, no dejarse arrastrar por encuestas de opinión que, por cierto, tampoco “reflejan” la realidad sino que también la construyen.

Entonces, ¿qué es la participación ciudadana? Ahí tenemos dos grandes grupos de mecanismos que, con Gisela Zarembeg, hemos definido como directos, aquellos que apelan a la decisión ciudadana expresada en el voto, como los referendos; e indirectos, basados en cuerpos ciudadanos intermediarios, como ocurre con los consejos de políticas públicas. La clasificación ayuda a entender de qué tipo de mecanismos estamos hablando, porque hay muchos. Un presupuesto participativo es un mecanismo de participación ciudadana, así como una asamblea ciudadana o una consulta popular; una revocatoria de mandato es un mecanismo de control. Buena parte de las provincias y municipios argentinos los incluyen. Distintos tipos de mecanismos aportan, potencialmente, ventajas, pero también pueden producir problemas. Hay diseños institucionales que dan forma a lo que estos mecanismos pueden producir, con sus requisitos, umbrales y demás. Por todo esto se debe evitar una mirada naif sobre la participación, y observar cómo, dónde, cuándo y con qué regulación operan.

En Argentina tenemos una regulación de mecanismos de democracia directa a nivel provincial que ha sido pionera, prácticamente, cuando se ve cómo se ha regulado esto en el mundo. Por ejemplo, Córdoba regula mecanismos de democracia directa en su Constitución desde 1923. En ese momento apenas Suiza a nivel cantonal y federal los regulaba, así como Lichtenstein y varios estados y municipios de EE.UU. Es decir que no era tendencia como ahora y Córdoba ya lo hacía. Entre Ríos también los introdujo en 1933, aunque los eliminó de Constituciones posteriores. Tenemos una tradición de regulación de estos mecanismos en Argentina, pero la verdad es que no han funcionado prácticamente. Con casi un siglo de regulación, Córdoba es una de las

provincias más activas, aun así es muy escaso su ejercicio. En cambio, sí han proliferado los presupuestos participativos con resultados, en algunos casos, muy buenos, en términos, por ejemplo, de promover la cohesión social y de acercar la ciudadanía a la gestión y a las demandas, pero son mecanismos muy locales. Esto no es negarle su valor, pero no es la entrada de la ciudadanía a la decisión de los grandes temas públicos, que es lo que queremos proponer que se discuta en el caso de Argentina.

Hablando de presupuestos participativos, es importante decir también que dependen de cómo se regulen y de cómo el gobierno los promueva y los establezca en el mediano y largo plazo, y no solo en el corto. Así, pueden funcionar como un mecanismo que promueve la cohesión social y una serie de virtudes o elementos a evaluar de forma positiva. Pero también pueden convertirse en mecanismos clientelares, de lo que también tenemos algunas experiencias en Argentina, como en otras partes. Tenemos entonces unos mecanismos directos, que serían los que en sentido estricto permiten a la ciudadanía expresarse, tomar una decisión a través de las urnas; y tenemos los indirectos, como el presupuesto participativo -que sería mixto-, la elección de los delegados donde hay una participación colectiva, la toma de decisiones deliberando, la conjugación de diferentes formatos, entre otros.

En el caso de los mecanismos directos, estamos hablando concretamente -de acuerdo con la terminología que hay en la región, porque se llaman de muy diversa manera pero apuntan a lo mismo en su definición básica- de tomar una decisión en las urnas en tanto electora o elector. Son consultas populares o plebiscitos, como el que acaba de ocurrir en Chile (octubre de 2020). En Chile le llaman plebiscito al igual que en Uruguay, mientras que en Ecuador se habla de consulta popular y en otros casos se habla de referéndum. La ley, la letra pequeña, permite establecer algunas diferencias entre unos y otros, pero, básicamente, lo que los agrupa -también a la revocatoria de mandato- es que la persona

emite su voto ejerciendo un derecho que tiene como elector o electora tomando una decisión. En este sentido, vemos que en los últimos años -ya podemos hablar de hasta casi cuatro décadas- hubo un crecimiento global tanto en la regulación de estos mecanismos, donde América Latina se destaca, como en las prácticas. Por ejemplo, sabemos que en Argentina con la Constitución de 1994 se introdujeron estos mecanismos que no puede activar la ciudadanía, sino únicamente el presidente de forma consultiva y el Congreso. La convocatoria presidencial requiere de aprobación del Congreso para ser vinculante, pero no se ha ejercitado nunca. La única experiencia que tenemos en la historia reciente fue antes de que se aprobaran constitucionalmente, lo que deja a la vista también que el poder, incluso en casos que pueden no ser cuestionables como el de Alfonsín en 1984 con el del Tratado del Beagle, puede activar un mecanismo de este tipo incluso sin la regulación.

Mientras tanto la ciudadanía, por su parte, si no cuenta con la regulación no puede hacerlo de ninguna manera. A partir de la transición a la democracia vemos que la mayoría de los países de la región han ido incorporando estos mecanismos. También lo hicieron los países del este de Europa tras la caída del comunismo. A medida que las repúblicas soviéticas recuperaban su independencia, se elaboraron nuevas Constituciones y se fueron incorporando estos mecanismos. En paralelo, fue creciendo el número de activaciones con momentos pico, donde, quizás, hubo un poco más de casos, hablando en números, que en momentos previos. Pero, sobre todo, fueron casos con un elevado impacto en la opinión pública. Nos referimos al Brexit, al referéndum por la independencia en Escocia -en Cataluña no se llegó a realizar-, al plebiscito por la paz en Colombia, entre otros. Más en particular, el Brexit y el plebiscito por la paz han sido utilizados por los analistas y políticos que son reacios a pensar que la ciudadanía tiene que tener un derecho a ejercer y participar en la toma de decisiones en el ámbito público, como casos negativos. Sin embargo, más bien refuerzan el argumento contrario, que la regulación debe ser otra.

¿Qué comparten estos dos procedimientos además de no haberle gustado a muchísima gente? Haber sido convocados por el presidente y contar con regulación *ad hoc*. Personalmente, podemos decir que el caso del Brexit nos pareció un poco esperpéntico y que podrían haber tenido todo el derecho a realizarlo en otro contexto con más certezas y garantías jurídicas en un proceso más limpio, con más información sobre lo que se estaba votando. En el caso del plebiscito por la paz se podría haber apoyado de entrada y podemos pensar que el acuerdo preliminar era mejor que el que se hizo posteriormente. Sin embargo, el proceso refrendario en sí adoleció de muchos problemas porque fue convocado por el presidente. Asimismo, por ejemplo, se hizo una ley para bajar el umbral de participación al 13% con la intención de que sea validado considerando la tradición de muy baja participación en Colombia. Las instituciones no deben ser diseñadas para un proceso concreto, tienen que ser pensadas para dar estabilidad y certidumbre respecto a las reglas del juego. Dos años después, la consulta anticorrupción lanzada por la ciudadanía colombiana obtuvo el 33% de los votos, a pesar de ello no fue aprobada porque no cumplió con el umbral de participación. Esto es, entonces, lo que funciona mal: no la democracia directa, sino los malos diseños institucionales y el escaso apego de las autoridades a establecer reglas justas.

Hemos dicho que ha habido un crecimiento de prácticas y regulaciones. En América Latina, en este momento, todos los países de la región incorporan algún tipo de mecanismo. Podríamos detenernos un momento para hablar de cuál consideramos que debería ser el diseño que tendríamos que discutir en Argentina. La experiencia de Uruguay y de Suiza debe ser considerada, las legislaciones de estos países representan lo que nos parece lo más apropiado. En estos dos países el presidente no puede convocar una consulta popular, no está autorizado a hacerlo, pero sí lo hace la ciudadanía o se hace porque así lo establece la ley. Por ejemplo, tanto en Suiza como en Uruguay si se hace

una reforma constitucional la ciudadanía la debe ratificar sí o sí, en caso contrario, no puede entrar en vigor. Esto tiene varias virtudes, pero sobre todo podemos destacar que obliga a los representantes, a las autoridades a justificar sus acciones, a defenderlas. Hay un miedo a que la democracia directa va a llevar a la campaña permanente, pero en Suiza y en Uruguay vemos que no están en una situación de plebiscito permanente.

Incluso en Suiza hay tres fechas fijadas al año a nivel federal donde, si una iniciativa ciudadana reunió las firmas solicitadas y cumplió el procedimiento, se convoca el referéndum. Se suelen presentar tres o cuatro, incluso más propuestas por convocatoria, a veces muy distintas en cada oportunidad, y nadie tiene la sensación de que la democracia, el sistema o el gobierno son inestables, ni nada parecido. Es más, en Suiza se puede vetar una ley. Cuando el Parlamento o Congreso aprueba una ley, durante un periodo de unos 12 meses se pueden reunir firmas para vetarla. Una vez que pasa ese periodo, si no se reunieron las firmas, la ley entra en vigor y ya queda establecida. En Italia, por otro lado, se puede vetar siempre una ley sin importar cuánto tiempo hace que está en vigor. Pero Suiza lo que hace es que, cuando hay, por ejemplo, una ley de educación superior o una ley de educación básica en proceso de discusión, no es solo una disputa entre los partidos, como vemos en los países donde no hay mecanismos de democracia directa, realmente hay que convencer a la ciudadanía y a las distintas instituciones de la sociedad civil involucradas. Algo semejante aunque con menor intensidad ha ocurrido en Uruguay durante los años 90. Cuando en Argentina se hacía todo el proceso de reforma del Estado, la gente iba a la calle o no hacía nada. En Uruguay reunían firmas e intentaban vetar las leyes. De hecho, en más de una ocasión lo consiguieron y eso dio muchísima estabilidad e impidió una reforma brusca. Por eso, lejos de generar inestabilidad, bien conducidos, estos mecanismos obligan a mantener siempre una menor distancia entre la ciudadanía

y los representados, representadas y autoridades, y obligan a un diálogo continuo. A su vez, ya no es una situación, como la que estamos viviendo en Argentina y en muchos otros países, de polarización entre dos actores que están como élites políticas, es decir, la oposición y el gobierno. Sino que la ciudadanía o algunos grupos pueden devenir un actor capaz de organizarse y promover una moción con cierta autonomía.

Esto no es idealización. Cuando vemos en Uruguay y en Suiza quién promueve estas iniciativas, encontramos organizaciones de la sociedad civil. Cuando se hace una ley que toca a los sindicatos, específicamente a los sindicatos de maestros, o a los jubilados hay que ir a hablar con ellos primero. Los jubilados, en particular, tienen tiempo y ganas, al menos en la experiencia uruguaya, donde son un actor clave. Entonces, nuevamente, no se trata de idealizar, no generan inestabilidad ni se pueden activar todo el tiempo porque hay un número de firmas que hace que el proceso sea complejo y hay que cumplir con otros procedimientos también. Como salvedad, podemos detallar que el número de firmas nunca debería ser tan bajo como para que sea muy fácil activarlo sin generar un consenso previo entre unos cuantos actores, pero tampoco tan alto para que sea imposible, porque volvemos al punto cero. En Argentina, donde tenemos la iniciativa legislativa -que en realidad es una petición; es indirecta porque la ciudadanía no vota, sino que llega al Congreso y allí se debate-, lo que nos muestra la experiencia de activación es que las medidas solo han llegado a ser discutidas cuando había mucha gente en la calle. Entonces, no es el procedimiento lo que garantiza que se vaya a discutir esa propuesta, sino la calle. Si hubiera un referéndum que obligara a discutir, entonces realmente deberíamos estar pensando en la articulación ideal para que estos mecanismos pudieran funcionar bien.

El modelo de veto de leyes, el cual no puede activar el presidente y sí la ciudadanía por recolección de firmas, es un mecanismo muy interesante así como la promoción

de leyes. Ahí la experiencia suiza es muy rica ya que de todas las iniciativas que se presentan, que han sido muchas a lo largo del tiempo –estamos hablando a nivel federal pero lo mismo ocurre a nivel cantonal y a nivel municipal con diferencias entre cantones muy intensos en la activación y otros menos–, lo que se observa es que apenas un 30% o menos tienen éxito. Sin embargo, en Suiza existe un mecanismo digno de discutir pensando en las diputadas y diputados en Argentina, que establece que el Congreso puede hacer una contrapropuesta. Se dice que los mecanismos de democracia directa son polarizantes y binarios, pero no necesariamente es así.

Lo que vemos con el sistema suizo se puede ejemplificar con una iniciativa reciente que lanzó un grupo ciudadano. Esta propuesta se orienta a defender el medioambiente haciendo bastante más estricta la regulación de los productos que se compran en el exterior. A pesar de ello, en Suiza se compran productos donde no se tiene la certeza de que sea así. Se tiene, entonces, una propuesta bastante radical para la economía suiza, pero que a su vez toca una sensibilidad muy fuerte en la ciudadanía. Los verdes están aumentando en Suiza su peso electoral. Entonces, ahí vemos que todo se conjuga: no hay democracia directa versus sistema representativo, es una articulación que a veces, idealmente y cuanto más mejor, puede dar lugar a una discusión pública muy enriquecedora. El Parlamento, viendo que había mucho sentido en la demanda, pero en contra porque económicamente era casi impracticable o tenía costos que no podían asumirse –ya que era realmente demasiado complejo–, hace una contrapropuesta que no es ni la regulación que hay ni esa propuesta extrema que está proponiendo el grupo de ciudadanos. Entonces, tenemos ya dos posturas más el *statu quo*. Se vota a favor del *statu quo* de la contrapropuesta parlamentaria, la propuesta extrema, y también es posible que una comisión formada con los parlamentarios más afines a la iniciativa y los promotores hagan otra propuesta más intermedia entre todas estas. Entonces,

tenemos una escala de cuatro: el *statu quo*, la contrapropuesta parlamentaria, la propuesta acordada entre el sector del Parlamento y sectores ciudadanos, y la ciudadanía. Todo eso no solo abre la agenda a un tema que para la ciudadanía es muy importante también a nivel electoral, sino que abre un debate sobre qué diseño de políticas públicas implementar, costes, beneficios y cómo hacerlo, lo cual enriquece mucho el debate. Y, quizás, la iniciativa ciudadana no se aprobó, pero hay mucha más conciencia pública sobre este tema. Hay una serie de mecanismos que se van articulando desde las mismas empresas para cumplir la normativa y hay una legislación mejor que la que había antes. En este sentido es un mecanismo con mucho potencial, al igual que el de la ratificación de reformas constitucionales.

En América Latina los referendos no son nuevos, incluso en Argentina tenemos todo tipo de experiencias en los últimos años, a nivel subnacional. Cuando nos ponemos a analizar qué es lo que ha cambiado, una cuestión clave es que de las activaciones *ad hoc* del pasado pasamos a un contexto de mucha mayor regulación. Se ha introducido antes en todas las Constituciones de la región este tipo de mecanismos, y eso aparecía muy prometedor. Argentina no es el caso, pero muchísimos países de la región sí han incorporado mecanismos de democracia directa según el modelo uruguayo y suizo, aunque también incluyen al presidente, donde en la regulación sigue siendo una figura que tiene competencias para activar estas consultas. Pero la ciudadanía también se ha incorporado, porque dependiendo de la clasificación –iniciativas populares, revocatorias, referéndum abrogatorio– en América Latina ya existen al menos 10 países que cuentan con la herramienta de participación e iniciativa ciudadana.

Hace un par de años nos pusimos a investigar por qué la gente sigue tomando las calles en lugar de activar estas consultas, por qué hay tan pocas activaciones. La respuesta fácil siempre es que no hay cultura democrática, que no se sabe, que hay desconocimiento. Con un grupo de colegas

nos embarcamos a pensar un poco más si realmente esto era tan así, y vamos a compartirles lo que encontramos, que va a salir publicado pronto en un libro que se llama *El diablo está en los detalles*, que editamos con Fernando Tuesta, de Perú, y en el que participan Ciska Raventós por Costa Rica, Juan Pablo Pozo por Ecuador, Martha Sandoval por México, Alicia Lissidini analizando el caso uruguayo y varios colegas más. Costa Rica, en particular, es un caso que nos iluminó mucho porque su Constitución reformada en 2002 incluyó estos mecanismos, pero no se regularon. Para el año 2006, el país estaba a punto de firmar el Tratado de Libre Comercio, un acuerdo que disgustaba a muchísimas organizaciones sociales. Por ello, hubo una fuerte demanda a la Corte para que se regulara este derecho para poder reunir firmas y activar una consulta. Finalmente, se obligó al Parlamento a hacer la ley, se inició el proceso de recolección de firmas y, antes de que se completara, el presidente Carlos Arias tomó la iniciativa y lo convocó desde arriba. Este procedimiento, que en algún sentido da voz a la ciudadanía mientras le quita la iniciativa, lo que hizo fue desequilibrar por completo el espacio del debate. Los costarricenses han analizado bastante este caso y se ha demostrado que, por ejemplo, como las campañas no estaban bien reguladas y todos los partidos políticos con peso en las instituciones estaban a favor del acuerdo, las organizaciones sociales, por más bien organizadas que estuviesen, casi no tuvieron espacio para dar la disputa en los medios. Tenían muchos menos recursos, menos experiencia, etc. Pero el proceso se dio y ganó la moción de las autoridades, aunque fue bastante disputado y hay muchos puntos negros en este proceso, como presiones a los funcionarios si hacían campaña a favor del acuerdo, entre otras cosas.

Ahora bien, ¿qué pasó después? Porque podemos pensar que esto desincentivó a la gente a activar estos mecanismos. Lo que encontró Ciska es que había casi 50 intentos de activar iniciativas que no prosperaron por varias razones, pero una buena parte no lo hizo porque la Corte

constitucional dictaminó que los temas no eran susceptibles de ser tratados en consulta popular. De ahí viene una de las cuestiones que hay que tener en cuenta, porque no se trata de lanzar titulares sino de que las diputadas y los diputados argentinos discutan esto, miren la letra pequeña de lo que después se introduce en el caso de que se decidan a discutirlo. Lo que hemos visto en el caso de Costa Rica, pero Ecuador también es un ejemplo al igual que México, es que cuando se regulan estos mecanismos, después se pone una larga lista de temas que quedan excluidos del referéndum. La conclusión sería para qué voy a embarcarme, por ejemplo, en México, en un proceso de recolección de millones de firmas para cambiarle el nombre a una calle, no tiene sentido. Es un poco exagerado, pero va en la misma dirección. En México pasó de esa manera, y ahora mismo acabamos de ver otro proceso semejante.

La consulta “contra los expresidentes” que está promoviendo el presidente López Obrador acaba de ser aprobada por la Corte constitucional. Sin embargo, sin ser juristas podemos ver que, o bien no debería pasar porque atenta contra ciertos derechos –sería un argumento más jurídico–, o bien que debería pasar porque no propone nada. Esto se debe a que viene a preguntar si autoriza al Poder Ejecutivo a investigar casos de corrupción grave. Es como preguntar al señor presidente si de verdad necesita que le digan en referéndum si le parece bien que persiga los casos de corrupción o no; lo ampara la ley actual para hacerlo sin necesidad de esta convocatoria y hay instituciones responsables de llevarlo adelante. Una consulta tiene sentido cuando hay un grupo de población más o menos importante que piensa de una manera y hay otro grupo de población más o menos importante que piensa de otra y hay algo que discutir públicamente, de modo que política e institucionalmente se puede derivar una acción en consecuencia. Cuando no hay nada que discutir no hace falta gastar plata en una consulta, porque también debemos saber que los procesos electorales cuestan mucho dinero.

Entonces, para ir directamente a las conclusiones de los distintos casos de estudio que planteamos y que analizamos, encontramos que los desafíos de la democracia directa en América Latina tienen que ver, por un lado, con la falta de responsabilidad política, y hay muchos ejemplos como los que dimos. Uno que se puede agregar es el de Bolivia de 2016. Evo Morales debería haber aceptado los resultados del referéndum y alentar la renovación del MAS. En segundo lugar, los diseños institucionales, que se relacionan con lo dicho respecto de las exclusiones, el número de firmas, los umbrales, etc., deben ser revisados. En tercer lugar, encontramos los organismos de control. Acá hay poco que se puede hacer cuando los organismos de control están cooptados por el gobierno, como en Venezuela, pero se puede hacer mucho cuando tenemos democracia como en Argentina. Con sus altos y sus bajos es una democracia que tiene sus credenciales, con todas las reformas que podamos considerar que son indispensables en la agenda que se viene. En Venezuela en 2016 se reunieron las firmas para activar el revocatorio contra Nicolás Maduro, pero como la Corte constitucional y el órgano electoral están completamente cooptados por el gobierno, ese referéndum fue bloqueado. Tenemos otros ejemplos no tan flagrantes donde cabe mejorar la definición de tareas y el operar de los organismos de control. Y, finalmente, la formación de la opinión pública. Este es un tema clave. Cuando hablamos de mecanismos de democracia directa, hablamos de responsabilidad política, diseños institucionales y los organismos de control. Pero no hay que olvidar que en los tiempos que corren, particularmente con un esquema de crecimiento de la polarización afectiva cada vez más grande, sumado a la irrupción de los medios digitales, se genera que la incidencia de las noticias falsas sea cada vez mayor. Para poder contrarrestar este efecto, se debería trabajar el espacio de formación de la opinión pública como un espacio que realmente posibilite enriquecer el debate y complementar todos aquellos elementos que nos exceden. Sin embargo,

no debemos olvidar, que su cuidado conlleva tantos riesgos como la necesidad de hacerlo. Concretamente, la libertad de expresión es un valor muy grande. Cuando pensamos que hay que regular todo esto que atrae tantos males alrededor de las *fake news*, estamos siempre en un terreno de arenas movedizas muy serio. Es un gran dilema resolver cómo proteger la opinión pública de las noticias falsas y la desinformación sin atacar la libertad de expresión. Se pueden crear unos escenarios de debate más inclusivos, más abiertos -tenemos varios modelos que podríamos discutir-, que permitan realmente enriquecer la opinión pública, y creemos que hay instituciones que tienen mucho que decir y hacer al respecto.

Repensando América Latina

FERNANDO CALDERÓN

Como referencia fundamental, en este texto vamos a utilizar el libro que escribimos con Manuel Castells llamado *La nueva América Latina*. Creemos que puede servir para conversar, sobre todo, algunos puntos de la discusión sobre la democracia y el poder que se tiene a nivel regional y a nivel global.

El libro es el resultado de un conjunto de investigaciones en cadena que hemos hecho los últimos siete años. Decimos en cadena porque empezamos una investigación sobre modos de desarrollo informacional en continentes distintos. You-Tien Hsing estudiaba el modelo chino, Annalee Sexenian el modelo de Silicon Valley, Nico Clote y Alison Gillwald estudiaron la experiencia de Sudáfrica, Pekka Himanen el modelo finlandés e Isidora Chacon, Manuel Castells y yo estudiamos el modelo chileno y el modelo costarricense para América Latina.¹ Concluimos que había, en la nueva fase del capitalismo informacional, distintos modos de desarrollo. Asimismo, estudiamos cómo estos enfrentaban una crisis multidimensional global y cómo en esta crisis explotaban en todo el mundo movimientos de protesta que tenían como eje la demanda de dignidad de las personas y los derechos humanos. Todo esto integrado fundamentalmente por movilizaciones de jóvenes en redes de indignación y esperanza.

También tratamos de rearmar un modelo más conceptual sobre el desarrollo humano informacional, e incluso Himanen elaboró un índice mundial de dignidad. Fue una

¹ Ver: Castells y Himanen: *Reconceptualizando el desarrollo en la era de la información global*. Buenos Aires: FCE, 2016.

experiencia interesante que luego nos llevó a trabajar más intensamente en América Latina. Así, durante un par de años desde la Universidad de San Martín y una red de centros de investigación desde la UNSAM y la FLACSO en México hasta la Universidad de la República en Uruguay y Costa Rica, la Universidad de Valparaíso en Chile, la Universidad de San Simón en Cochabamba y la Universidad de Venezuela, elaboramos once investigaciones de casos nacionales para estudiar cómo había funcionado esta integración latinoamericana al capitalismo informacional y qué cambios se habían producido desde la economía y en la sociedad latinoamericana. Fue un viaje interesante donde tuvimos una visión del bosque. Paralelamente, Castells hizo una investigación de los cambios y la crisis en Europa, y nosotros buscamos tratar de comprender cómo funcionaba el informacionalismo a nivel no del bosque sino de los árboles. Por ello, fuimos a estudiar empresas.²

En el caso de Argentina, con un equipo formidable de jóvenes investigadores, estudiamos qué pasaba con el litio en Jujuy, qué pasaba en La Pampa con la producción de la soja, trabajando sobre la empresa Los Grobo, y luego trabajamos en Vaca Muerta en la extracción del *fracking*. Nos enfocamos en el territorio y en la estructura productiva informacional, es decir, en la punta de la reconversión tecnológica. Pero también en los cambios en los territorios y las comunidades y a su vez entre ellos y los gobiernos locales. Similares estudios se hicieron en México, Colombia y algo en Uruguay y en Bolivia. Me parece que esto nos permitió entender, “por dentro”, cómo funcionaba este nuevo dinamismo global empresarial en la región, cómo funcionaban las cadenas globales del informacionalismo. A partir de estos elementos, con Manuel Castells escribimos el libro. Fue una investigación larga y complicada donde volvimos a visitar países y a recopilar datos de información que terminaron en la producción de la obra. Fue un trabajo

² F. Calderón (coord.): *Navegar contra el viento*, UNSAM, 2018.

complejo, difícil, ambicioso, pero también consciente de sus debilidades y profundamente empírico. Una amplia información está registrada en el libro, pero también hay una página web, en el Fondo de Cultura Económica, donde se registra la complementación empírica de lo que se estaba analizando en cada capítulo.³

La tesis central del libro es que tanto el modelo neoliberal como el modelo neodesarrollista estaban agotados o tenían serios límites para reproducirse. Asimismo, que el agotamiento de estos dos tipos de orientaciones políticas del desarrollo -uno con énfasis en el Estado-mercado y otro en el mercado-Estado- habían producido cambios y generado una crisis en el sistema político. Todo esto, además, como parte de las transformaciones globales que se van dando a escala internacional. Sin embargo, lo más interesante no solamente son los límites y la crisis de estos modelos de desarrollo sino los cambios que suscitaron en la propia sociedad, la economía y la cultura latinoamericanas. Entonces, la nueva Latinoamérica es distinta, ni mejor ni peor, y lo que hace el libro es caracterizar esos rasgos.

Cambios estructurales

Hay tres capítulos sobre los cambios de carácter estructural que vive América Latina. El primer cambio relevante, tanto a nivel de empresas como a nivel macro de países, es que se generó un nuevo tipo de economía, que nosotros llamamos “extractivismo informacional”. Esto quiere decir que se introdujeron tecnologías de información, comunicación, producción, comercialización y financiación a escala global. Si van a Casares en La Pampa húmeda se van a encontrar con una “nave espacial” donde todo se gestiona informacionalmente para producir en una de las áreas agrarias más

³ Véase: <https://bit.ly/2ZOEmXW>.

dinámicas de la Argentina, vinculadas por cierto con sistemas de innovación tecnológica de la Universidad de Buenos Aires. Seis o siete jóvenes gestionaban 24 horas al día, en la punta de la nave espacial, cómo funcionaban los precios y las dinámicas del comercio de la soja en el mundo. Se veía qué pasaba en el mercado chino, qué pasaba en otros mercados, y actuaban en función de esos datos; qué sembrar, cómo sembrar, cuánto sembrar, con qué tecnología, con qué tipo de semilla, qué tipo de maquinaria sería más pertinente, cómo se hacían asociaciones con productores, etc. Ese es uno de los modelos, lo citamos porque es el que tenía mayor incorporación ideológica y tecnología interna. En el otro extremo, en la producción de litio, todo era traído de afuera. Vaca muerta era una combinación de cosas: se importaba arena de China para hacer el *fracking*, que se monitoreaba por sistemas de información y comunicación en red, con antenitas que había detrás de cada pozo, pero se gestionaban desde otros lugares. Esto sucedió en todas partes: sucedió con el gas, con el cobre, con el café, etc., y este es el cambio más fuerte que se dio en la estructura económica de América Latina. Tenemos un nuevo tipo de economía. Seguimos siendo economías extractivistas, pero extractivistas informacionales.

El segundo tipo de incorporación en términos estructurales es la nueva economía criminal. El salto que ha tenido en los últimos 30 o 40 años esta economía, y fundamentalmente respecto de drogas en América Latina, es brutal en múltiples sentidos. No solo ha pasado a ser una de las principales fuentes de acumulación del capital financiero global, que es el que generó la economía global, sino que ha producido importantes transformaciones en la economía, en la cultura, en la política, en las redes sociales, en la vida cotidiana de las ciudades latinoamericanas más importantes. Incluso ha aumentado el consumo y se ha entrelazado con redes sociales especiales en todos los países y que tiene efectos en las políticas y en las sociedades. Se hicieron, por ejemplo, paros en San Pablo desde la cárcel. Se expandió en

México, Rosario, Santiago de Chile, no hay lugar en donde no se haya mezclado con el poder. Entonces, esta economía extractiva, informacional, criminal, incluso ha penetrado la justicia, las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia internos y externos. Asimismo, está determinada por una crisis cultural de la forma de vida del consumidor que, además, se complejiza y ahora se complementa con otro tipo de drogas más farmacéuticas. A nivel de la economía mundial, por ejemplo, en Europa se lavan entre 300 y 500 billones de dólares al año. ¿Qué economía puede hacer eso? Entonces, ese es un núcleo central de la economía, pero ¿quién va a decirle a la economía financiera global que reconozca este lado oscuro? Porque, además, plantea problemas éticos brutales. Por eso, el mismo proyecto de modernización de estas democracias está en crisis ética.

El tercer capítulo que hemos trabajado es la nueva urbanización. La conclusión más simple es que América Latina se ha vuelto un continente urbano. El 80% de la población latinoamericana vive en ciudades, y la mayoría de ellas en macrociudades. El único lugar del mundo que tiene un 2% más de población urbana es EE.UU., con un 82%.

Somos la segunda región del mundo con mayor población urbana y, curiosamente, vivimos de recursos naturales que provienen del campo.

Las ciudades han tenido un enorme proceso de transformación, y en el libro estudiamos los cambios en la urbanización. Desde el lado progresivo, han aumentado los niveles de desarrollo humano, ha bajado la pobreza, ha mejorado la calidad de la vida –más en el periodo neodesarrollista que en el otro periodo, pero también en algunos casos, como en Perú, por ejemplo, con gobiernos de orientación neoliberal bajó la pobreza–. Pero, en general, en ninguna parte de la región disminuyó seriamente la desigualdad. Seguimos siendo el continente urbano más desigual de la tierra. Los niveles de desigualdad son muy altos. Y esto está asociado, también, con estos fenómenos de descomposición y recomposición social, pues tenemos

mundos urbanos pluricéntricos. No hay una ciudad estructurada como en el pasado en la sociedad industrial, un espacio público, sino que se ha fragmentado la ciudad. La especulación está en el centro de la reproducción urbana, el capital financiero especulativo está en el centro de la vida económica urbana, así como las migraciones, las recomposiciones sociales, etc.

Cambios socioculturales

Particularmente también estudiamos los cambios culturales y multiculturales que se han dado en la región, y que marcan una nueva América Latina. El más importante es la instalación de la sociedad red como principal forma de comunicación en la región y que con la pandemia se ha multiplicado. Vivimos en una sociedad red. La red y la calle se entrelazaron de una manera brutal. Esto está asociado con una tendencia a la individualización, al consumo, a la tecno-sociabilidad, y está también reforzado por la cultura de la diáspora, de los migrantes que se comunican en las redes. Este es otro fenómeno central: migrantes al interior de los países, entre países de la región y de la región hacia EE.UU. y Europa principalmente, pero también a Australia y Canadá. Pero lo interesante aquí es que lo que organiza todo esto es una nueva tecno-sociabilidad, que está medida por el acceso a las redes de información y comunicación, donde América Latina ha estado creciendo y ya está dentro del promedio mundial. Pero aún más, si hablamos del uso de los grandes sistemas de comunicación como Google, etc., América Latina es el lugar donde más se consume. No producimos ninguna red informacional, pero es donde más las consumimos. Ese es un cambio enorme, y en el centro está la individualización con varias luces y muchas sombras.

Otra crisis muy importante, y que hoy día resalta en la crisis de la pandemia, es la crisis del patriarcado. No estamos hablando de movimientos, luchas o cambios de mujeres, sino

que hablamos de cambios demográficos, económicos y sociales en la estructura familiar. Ya no existe el monopolio central del hombre como centro de organización de la reproducción de la familia. Ya no existe una familia mononuclear. Hoy en día las redes familiares se han visto ampliadas, incrementando el papel y el trabajo de la mujer tanto fuera como dentro del hogar, mientras que su rol organizador de la reproducción familiar continúa siendo fundamental. Este es un cambio demográfico. Sobre eso se han dado movimientos sociales. Esto es muy importante porque la familia es lo que vincula al individuo con la estructura social. La hipótesis que tenemos ahora es que con esta pandemia el peso de la familia y de las redes sociales ha multiplicado su importancia y ha integrado el trabajo en la red. El trabajo se hace en casa, se estudia en casa, la casa reproduce el hogar. Y aunque vayan y vengan, tenemos cada vez más economías familiares complementarias y diversificadas que van, entran y salen, y que entre todos complementan una reproducción mínima que tiene sus límites ahora con la pandemia. No sabemos a ciencia cierta qué es lo que ha pasado con la información, pero queremos destacar la crisis de la familia patriarcal.

Otro capítulo que hemos trabajado son los cambios en la religiosidad contrastados también a nivel global. Un dato fantástico es que ha aumentado la religiosidad en la crisis global. En América Latina también ha aumentado la religiosidad, pero ha bajado la religiosidad católica. Hasta en Montevideo han aumentado los religiosos. Bajó la legitimidad de la religión católica y también hay una crisis estructural de la institución cultural más importante de poder religioso, pero también de gran solidaridad, en momentos difíciles de la historia de América Latina. En la región, han caído los porcentajes de participación y de legitimidad de la Iglesia católica como religión y como institución, mientras que han subido muchísimo los evangelistas. Ante ello, la respuesta por parte de la Iglesia católica fue el carisma del papa Francisco.

Después, hemos estudiado la dinámica del multiculturalismo como resultado del proceso democrático de estos 30 años en América Latina. Una conclusión del estudio es que se han reafirmado y valorizado las identidades originarias y las identidades afrodescendientes. Además, ha cambiado la legitimidad del multiculturalismo junto con una demanda de convivencia multicultural instalada en América Latina. Ejemplificamos casos como los zapatistas en México, los mapuches en Chile, los movimientos indígenas en Bolivia, y también los afrodescendientes en Brasil. Hay que resaltar un hecho: en todos los países, a lo largo de toda la región hay una valorización de los pueblos originarios y afrodescendientes. Es un buen logro, a pesar de la importante presencia de un racismo duro que ha tenido la región en estos 30 años.

El otro cambio fundamental que ha existido en la región es la emergencia de nuevos movimientos socioculturales con dos características. De un lado, los movimientos sociales son sobre todo jóvenes que demandan valores éticos. Reclaman ética en la política, gestionan los conflictos políticos y sociales, pero también sobresalen los movimientos de género -principalmente movimiento de mujeres-, y también se dieron nuevos movimientos ecológicos vinculados a los pueblos originarios, pero también a un cambio en la opinión pública. Y todos estos movimientos se dan con vinculaciones y redes globales, no solamente instaladas en América Latina. Cuando estudiábamos, por ejemplo, el caso de los mapuches en Vaca Muerta, cuando fuimos a hacer el trabajo de campo, nos invitaron a entrar al “laboratorio informacional” que tenían ahí los mapuches. Estaban programando acciones comunes con los Siox en EE.UU. para frenar la contaminación del agua producida por el *fracking*.

El ejemplo de los movimientos de mujeres, el caso del movimiento argentino y el movimiento chileno han repercutido hasta en la India. Entonces, hay una expansión y conexión entre los nuevos movimientos sociales que aún no se han transformado en fuerza política. Algunos

movimientos de protesta en Chile, como el movimiento por la dignidad, que es el más fuerte, pero también en Perú, Ecuador y Colombia. La otra cara de la moneda es que han estallado y se han formado movimientos de sectores medios conservadores jóvenes en Brasil, Bolivia, Perú y Colombia, de protestas sociales. Se trata de una de las pocas veces en la historia de la región donde se rompe el monopolio de la izquierda en la calle. Es un tema serio, y no queremos entrar en un menosprecio ideológico, sino tratar de entender esos fenómenos. Han estallado en todas partes, no se puede comprender a Bolsonaro, por ejemplo, sin estos movimientos. Y cuando nombramos a Bolsonaro nos referimos a un cambio estructural en la política de América Latina más cercana a Trump que al resto del continente. Se ha armado, así, un nuevo campo de conflicto en lo social y cultural. Hay estos nuevos movimientos sociales progresistas, pero también hay estos otros movimientos asociados con los sectores medios y también con fuerzas evangelistas, conservadoras, como en el caso de Brasil.

Con todo esto, una transformación central se ha vuelto a multiplicar más en América Latina: el espacio digital. Hoy hay un nuevo espacio público que está estructurado sobre la comunicación digital, y en el centro de esto está la política. Este es un fenómeno mundial muy complicado. No hay lugar en el mundo donde no se haga política en este nuevo espacio de comunicación digital. En el libro se analiza lo que han sido las tecno-verdades, se analiza cómo es la publicidad, la comunicación, la construcción comunicacional de la corrupción, cuáles son los juegos de poder en la comunicación y el enorme poder de las transnacionales de comunicación, pero también el enorme poder de las nuevas redes de comunicación. En síntesis, el espacio público ha cambiado. Hacer política y no tener recursos para una campaña de publicidad condena al fracaso, y eso es lo que ha reproducido la corrupción en el sistema político y en el Estado. Entonces tenemos, al final, problemas de descomposición del Estado. Hemos hecho una tipología

compleja de los sistemas y mecanismos de la corrupción. Al final de todo esto se ha instalado una polarización y una crisis de confianza entre gobernantes y gobernados. Se ha instalado la política del escándalo, la judicialización de la política; se viene reinstalando una relación amigo-enemigo en la cultura política. Por eso, al final del libro trabajamos la crisis de la subjetividad, utilizando una metáfora aymara, “la *kamanchaka*”, que se refiere a una bruma que inunda el alma del mundo andino, quiere decir que, en las montañas andinas, a los campamentos mineros –en la Argentina también– llega de repente una nube que se introduce a las viviendas, a las casas, a las minas, a todas las esferas del trabajo y la reproducción social, y produce depresión, desaliento. Esto es histórico, y esta depresión es una crisis de la subjetividad. Entonces, no se encuentran salidas. Por eso es importante contrastar esta tendencia fortaleciendo la arcana cultura de resistencia.

Estamos en un momento en el que la *kamanchaka*, con esta pandemia, se ha agudizado. No hay horizonte, es muy difícil ver en el horizonte futuros, pero nosotros también insistimos en que hay lucecitas, y estas lucecitas tienen que ver con la cultura de resistencia, los lazos sociales y la solidaridad propios de la cultura popular latinoamericana. La democracia liberal tal cual existe está agotada. Los sistemas de representación tal cual existen están muy limitados, están agotados. En EE.UU., por ejemplo, los ciudadanos no se sienten representados por las autoridades parlamentarias, y esto es una crisis central de la democracia. No desconfían del Parlamento, desconfían de quienes trabajan en él. Si no puede haber ejercicio de la democracia representativa, la democracia no puede existir.

Hacia un constructivismo político

Entonces, es muy importante reconstituir este rol del espacio público y en este caso del Parlamento. Da la impresión de que

la visión solamente liberal de la democracia es insuficiente. Es necesaria, pero insuficiente. Por eso, y ahí quizás el Parlamento pueda jugar un rol fundamental, pensamos que lo que puede cambiar y producir la transformación política es la política consociativa. Esta es una política de intercambio, pero asociada al concepto de agencia. Esto quiere decir que el proceso deliberativo vincula el resultado de lo que se delibera con el procedimiento para conseguir esa meta, y ese proceso es un proceso deliberativo. Si hay alguien que podría jugar un papel central ahí es el Parlamento, pero no solo a escala nacional, sino sobre todo de vinculación a nivel territorial y comunal, y en el caso de las macrociudades como en Buenos Aires, a nivel de las localidades. Es decir, cómo podemos hacer una política que vaya de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, cómo podemos construir una política de comunicación productiva. En línea con lo que plantea el filósofo italiano Vattimo, no es cuando tenemos la verdad que nos ponemos de acuerdo; es más bien cuando nos ponemos de acuerdo que encontramos la verdad.

El otro gran desafío de la política deliberativa es su carácter psicocultural, que tiene que ver con un principio de alteridad. Podríamos pensar en tomarles un examen a los parlamentarios de América Latina y preguntarles: “¿Qué dijo el otro?”, y no: “¿Qué dices tú?”, para ver si hay equidad en el acto de habla y estudiar cuál es realmente la comunicación y cómo dentro de ella uno cambia y modifica de opinión, puesto que en democracia, salvo los valores de los derechos humanos, no hay valores absolutos. Pero el tema actual me parece que está en pensar cómo yo delibero para alcanzar un mínimo de gobernabilidad sistémica. Ahí el Parlamento podría jugar un rol y construir una relación creativa entre todos, porque si prima una lógica amigo-enemigo, todos van a perder. Obviamente reconociendo que la misma democracia es un campo de conflicto institucional.

Hay que trabajar, entonces, en medio de la pandemia, la cuestión de la gobernabilidad sistémica. Esto quiere decir reconocer los umbrales mínimos en los cuales podemos

estar de acuerdo sobre el funcionamiento de las instituciones para que funcionen bien y empiecen a ser legítimas. ¿Cuáles son los umbrales mínimos para la economía? ¿Qué es lo que no podemos hacer? Esto es clave para que funcionen las instituciones, para que funcione la comunicación. ¿Cuáles serían estos fundamentos básicos? A todo eso se llama gobernabilidad sistémica, acuerdos sistémicos mínimos de corto plazo en aquello que produce el Parlamento para que esto no se convierta en una catástrofe. No para resolver el tema del Estado, no para resolver el tema de la acumulación de capital, los roles estratégicos de los empresarios o cualquier otro problema, sino para lograr un básico mínimo de confianza común para enfrentar esta tormenta que ya está.

Consideramos central la necesidad de construir opciones de gobernabilidad de corto plazo para parar las brutales consecuencias negativas de los cambios globales, de los cambios regionales y nacionales asociados con la *kamanchaka* y con crisis multidimensionales globales. Hoy día la dimensión de la salud es también multidimensional y afecta la vida cotidiana. Entonces, hay que volver a repensar en opciones de cambio a corto plazo para eliminar esta lógica amigo-enemigo, para buscar soluciones mínimas, como se dice en la clásica literatura política, hay que buscar acuerdos en lo que no se debe aceptar. No en la gran ideología de no sé quién o no sé cuánto, sino en indicadores mínimos que tienen que ver con la vida de la gente. Eso es clave.

Por otro lado, ciertamente es fundamental reconstituir y reconstruir las orientaciones políticas que permitan rearmar mapas de desarrollo y de democracia para América Latina. Pero hoy día la democracia liberal está colapsando en todo el mundo, y las formas políticas conservadoras y antinacionalistas están ganando fuerza, estas formas son, además, conservadoras y nacionalistas modernas. Esto pone en cuestión el momento de globalización que estamos viviendo y busca esperanzas para ver cómo reconstruir escenarios de futuro. Y ahí el diálogo, la deliberación y el

papel que pueden cumplir los Parlamentos rompiendo los cánones culturales tradicionales serán fundamentales.

Estamos terminando un periodo histórico, y es muy importante para comprender el nuevo campo de lo posible de la política entender la emergencia de la nueva sociedad de la información que sucede a la “industrial dependiente” anterior y que ya estaba predibujada en sus entrañas, y sobre todo detectar los rasgos del nuevo momento que se inicia y dibuja los nuevos patrones de un futuro inmediato.

Nuevas tecnologías y democracia

CECILIA NICOLINI

Cuando analizamos el impacto de la tecnología en la democracia, encontramos que la sociedad suele tener una posición bastante dicotómica. Lo que tenemos que pensar es que la tecnología es una herramienta más. Y como tal, obviamente, siempre depende de cómo la usemos, diseñemos y regulemos para poder aprovechar las numerosas ventajas que puede tener para construir sociedades más justas, igualitarias y, sobre todo, con soberanía.

En una investigación del Instituto Pew de Estados Unidos, varios expertos hablan sobre el impacto de la tecnología de acá al año 2030, y sobre cómo va a erosionar nuestras democracias, a partir de tres puntos fundamentales.

Primero, plantean que, de alguna manera, las tecnologías pueden distorsionar la realidad. Esto se refiere principalmente a las *fake news*, las *deepfake* y toda la cuestión de la infodemia: la sobrecarga de información que tenemos al momento de informarnos. El segundo punto aborda el declive del periodismo: cómo una función tan fundamental en nuestras democracias como es el periodismo e informarnos, de alguna manera, también está en declive. No solamente por una cuestión económica o de cambio y transformación de la plataforma económica hacia cuestiones digitales, sino también en función de la inversión para trabajar. El tercer punto habla del famoso “capitalismo de vigilancia”, la idea de que nuestros datos y nuestra trayectoria digital o lo que hacemos en las redes se pone a disposición del mercado, es decir que se vende.

Así como tenemos esa postura más negativa en relación con la tecnología, hay otro sector más optimista que cree que aún estamos a tiempo de regularla y de que realmente

se vuelva una aliada para fortalecer nuestras democracias y pelear contra estos propagadores de *fake news* y todo el caos que se genera. Para ver cómo va a impactar en los próximos años, en qué tenemos que ponernos a trabajar y cómo generar las herramientas para poder defendernos, tenemos que ver un poco qué pasó en los últimos diez años y así poder identificar esas amenazas.

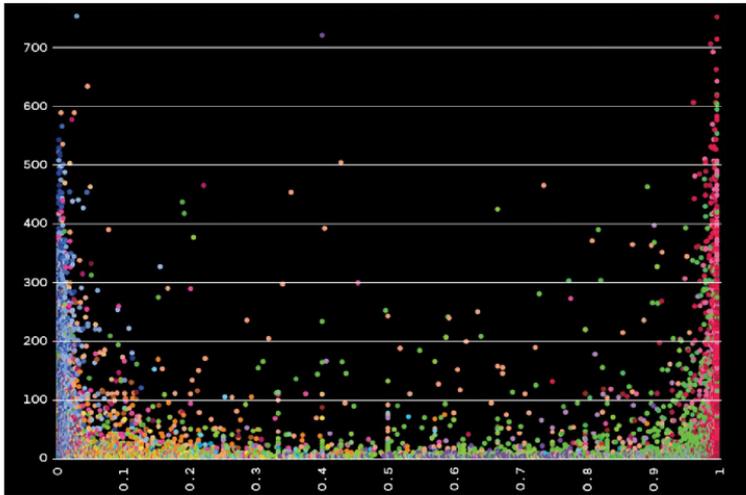
Podemos volver a una imagen del año 2011 donde encontramos la Primavera Árabe, el movimiento del 15M en Madrid, llamado también “Movimiento de los Indignados”, o el Occupy Wall Street en Nueva York, donde las tecnologías, de alguna manera, se aliaron con la ciudadanía para derrocar tiranos, para exigir transparencia, para permitir grandes movilizaciones y exigir más y mejor democracia. Pero la realidad es que en los últimos tres años, con el escándalo de Cambridge Analytica, la proliferación de *fake news* y los ejércitos de *trolls*, pareciera que la tecnología estuviera destrozando la política y nuestras democracias más que salvándola o siendo aliada como lo era hace varios años. Entonces, lo que hay que plantear es qué pasó en estos últimos años, qué se dejó de hacer para que la tecnología genere esa transformación.

La socióloga turca Zeynep Tufekci plantea que el poder aprende rápido y que las herramientas poderosas, en este caso las tecnologías y las redes sociales, suelen caer en sus manos para dominarlas. En una de las portadas de la revista *MIT Technology Review* del Instituto Tecnológico de Massachusetts, ya desde 2013, se hablaba de la tecnología como una gran aliada y de que a través de los celulares, Internet y toda esta distribución de información podríamos derrocar tiranos y salvar la democracia. Solamente cinco años después, la misma revista, con otra tapa, plantea que la tecnología es una gran amenaza para nuestras democracias. Ahí es donde, de alguna manera, tenemos que pararnos a pensar para entender qué es lo que pasó, cómo pasaron estas herramientas digitales –útiles para conseguir derechos, cambios políticos– a facilitar la polarización, el racismo, la

xenofobia o incluso llegar a influir en elecciones de otros países. En los últimos años, líderes de Google, Facebook y Twitter tuvieron que presentarse ante el Congreso de los Estados Unidos para rendir cuentas no solamente sobre prácticas monopólicas, sino también sobre su influencia en diferentes procesos electorales.

Hay investigaciones interesantes que hablan, por ejemplo, de plataformas como YouTube, en donde el algoritmo (que es una configuración de la o las tendencias que pueden intuir el comportamiento de una persona para tomar una decisión en las redes) comprende cuáles son los gustos, los intereses de acuerdo con las selecciones de cada uno, para, en consecuencia, recomendarle diferentes contenidos relacionados a lo que le gusta. Un estudio de *The Wall Street Journal* demostró que el algoritmo diseñado por YouTube va recomendando, por lo general, contenido cada vez más extremo respecto de los temas que uno va viendo. Por ejemplo, si a uno le interesa el medio ambiente, el siguiente video puede ser sobre veganismo, el siguiente sobre protestas y el siguiente puede ser sobre dietas radicales para solamente comer una verdura en particular. Son posiciones extremas, que no significa mejores o peores, pero posiciones extremas de algo.

Pero en el caso, por ejemplo, de la elección de Donald Trump en el año 2016 o de los contenidos relacionados con Donald Trump, el algoritmo va recomendando posiciones cada vez más extremas sobre cuestiones relacionadas con la xenofobia, etc. Entonces, lleva a contenidos relacionados con la extrema derecha, con la *alt-right* extrema en Estados Unidos, etc. Lo que indica, de alguna manera, cómo se empiezan a polarizar contenidos en las redes.



Muestra de interacciones en Twitter de diferentes perfiles en Estados Unidos.

En Twitter también se hicieron bastantes análisis, y una de las cosas más interesantes es cómo están distribuidas nuestras interacciones. Dentro de una muestra de las interacciones en Twitter de diferentes perfiles en Estados Unidos, si vemos el plano vertical izquierdo, en azul, están todas las cuentas relacionadas –cuanto más cercano al cero con el progresismo, con los demócratas o con ciertas ideas en Estados Unidos. Luego en el eje y pueden verse la cantidad de interacciones que se tienen por día. Entonces, cuanto más cerca de los extremos, al cero o al uno, ya sea hacia la izquierda o a la derecha en términos de los contenidos de esas interacciones, mayores interacciones tienen esas cuentas. Esto muestra, en cierto modo, que todos los espacios neutrales, moderados o donde se pueden generar consensos, casi no tienen interacciones. Mientras que los extremos están “gritando” en las redes sociales, el centro de alguna manera lo que hace es “susurrar” sus ideas. Esto es lo que genera que estos espacios, que tienen gran influencia en las

conversaciones y en la construcción de la agenda pública, especialmente en períodos electorales donde se vuelve cada vez más usada como una herramienta también de influencia, puedan generar algún tipo de desafío.

Un caso paradigmático, realmente muy evidente en América Latina, fue la elección de Brasil en el año 2018 con Bolsonaro. Allí se vio una especie de laboratorio o experimentación sobre todo con la red social WhatsApp. Brasil es el segundo país del mundo que más utiliza WhatsApp después de Filipinas, por lo que nos encontramos con una masa de usuarios enorme. Por otro lado, el 90% de los brasileños comparte más de 30 noticias por día, y casi todos se informan a través de estas plataformas. Otra cuestión interesante es que, además, 6 de cada 10 personas creen las noticias que leen en WhatsApp. Entonces la campaña de Bolsonaro volcó casi toda su estrategia digital a la construcción de noticias falsas a través de WhatsApp, generando unas redes de proliferación de esta información como nunca se ha visto en la historia de las últimas campañas. Así, hay una gran variedad de contenidos relacionados con denuncias muy graves, que en ciertos casos se pueden llevar a una corte: temas relacionados con el candidato opositor Hadad sobre pedofilia, sobre cuestiones religiosas, entre otras, proliferaban en todas las redes y generaron una influencia muy sofisticada a la hora de ciertos sectores populares y socioeconómicos de decidir su voto. Incluso cuando Bolsonaro fue apuñalado durante la campaña, hubo una foto muy graciosa donde aparecía una cara *photoshopeada* en el atacante, para decir que la persona que lo había apuñalado era seguidora de Lula y que había participado en su campaña.

Todo esto genera una situación que lleva a preguntarnos qué está pasando en las elecciones, cómo influyen estas cuestiones en las elecciones, etc. Lo hemos visto también en las elecciones de Argentina del año 2019, con estos ejércitos de *trolls*, bastante menos sofisticados, con sus frases que incluso no se entendían, bastante risueñas, pero que

ponían de manifiesto la inversión que se hace también en este tipo de técnicas.

Lo que más nos preocupa ahora, más allá de que esto lo podemos ir analizando y haciendo más evidente, es lo que se viene: ¿cómo se están utilizando las nuevas tecnologías, sobre todo la inteligencia artificial, para poder crear nuevas realidades o nuevos contenidos que la gente pueda creer?

En un proyecto de la Universidad de Berkeley que se llama *Everybody Dance Now*,¹ podemos ver cómo la tecnología nos permite crear nuevas realidades y, sobre ellas, agregar lo que queramos. Lo interesante es que a través de un bailarín profesional y trabajando con la inteligencia artificial, el sistema detecta la pose del bailarín y luego, tomando la figura de personas que no saben bailar, puede configurar un nuevo video, una nueva placa con estas personas bailando exactamente igual que el original. Este avance es interesantísimo, sobre todo porque además trabaja sobre movimientos casi imperceptibles como los del *ballet* clásico. Y si bien uno podría decir que no es perfecto, genera mucha preocupación.

La máxima preocupación que genera es cómo se puede utilizar para campañas políticas. Por ejemplo, se puede tomar la cara y la boca de Obama, ser capaces de identificar los movimientos y agregar a una persona que imite su voz para hacerle decir lo que sea. Una de las creadoras de este tipo de video con inteligencia artificial nos dice que con estos avances uno puede también desarrollar las técnicas que permitan identificar este tipo de video cuando proliferan en la red. Pero la gran preocupación es que, por lo general, cuando nosotros vemos un contenido que creemos que es verdad, luego, aunque nos digan que es falso, la percepción que nos queda sobre ese contenido que vimos o leímos -que activó una parte del cerebro que de alguna manera lo va recogiendo y generando información residual- es que, si

¹ Para ver el video dirigirse al siguiente link: <https://bit.ly/3CDtxH7>.

bien no lo creemos, de cierto modo luego vamos a estar más predispuestos a consumirlo o a creerlo.

Es decir, de alguna forma, va horadando o erosionando también la confianza, la creencia o incluso influyendo en las decisiones de las personas, sobre todo a nivel electoral. Es uno de los temas que más están trabajando los investigadores en la actualidad, porque si bien todavía la tecnología es un poco torpe y se está desarrollando, la velocidad con que se desarrolla es lo que genera que en el mediano o largo plazo pueda tener realmente un impacto bastante grande. Hay una frase que dice que “solemos sobreestimar la tecnología en el corto plazo”, decimos que va a pasar todo mañana o pasado y cuando no sucede la subestimamos, pero en el largo plazo todas estas transformaciones suelen suceder. Entonces, lo importante es ir siguiéndola y ver qué podemos hacer para modificar la situación.

Hablábamos antes de la cuestión de la inteligencia artificial, que ahora es una de las *vedettes* de la tecnología. La realidad es que todavía todo lo que es automatización o aprendizaje de las máquinas para poder repetir patrones está avanzando muchísimo, pero se basa, principalmente, en la inteligencia especializada más que en la inteligencia general, que es la que tienen los seres humanos y que realmente puede permitir muchas interconexiones, emociones y demás cuestiones que todavía nos dejan un paso mucho más delante de la tecnología. Sin embargo, la inteligencia artificial nos permite, de alguna manera, trabajar en algo en que nosotros no somos muy buenos, como es la memoria o la capacidad de analizar una enorme cantidad de datos a una velocidad muy grande. Ahí está el gran desafío.

El problema es que ahora se están utilizando algunos *softwares* con inteligencia artificial en ciertas políticas públicas muy importantes que tienen impacto en la sociedad, pero no se están teniendo en cuenta los sesgos. En inglés se llaman *biases* de la inteligencia artificial: ¿cómo puede impactar de forma negativa con sesgos, por ejemplo, de raza, de género y de religión? Por ejemplo, un caso muy

problemático sucedió en una corte de Estados Unidos, en donde se utilizaba una técnica de inteligencia artificial para poder ayudar a los jueces a impartir condenas a posibles reclusos reincidentes, y esa inteligencia artificial solía recomendar elevar las penas por posible reincidencia en mayor medida a personas de color o personas negras que a personas blancas. Claramente era una inteligencia artificial racista porque se basaba en el color de piel para poder recomendar una pena más alta. De esos hay un montón de ejemplos, como Amazon, que utilizaba un algoritmo para poder identificar posibles empleos para las personas que aplicaban. Los mejores empleos, relacionados con ciencias más duras, con ingenierías o con salarios más altos, solían dárselos también a hombres blancos y de determinado sector social: Amazon tuvo que pedir disculpas y dar de baja ese algoritmo.

Este es uno de los grandes desafíos que se están debatiendo y que en Argentina es necesario que se empiecen a debatir: qué es y cómo regular el diseño de la inteligencia artificial en términos de que esos sesgos no impacten de manera negativa en la población y no amplifiquen las desigualdades que ya tenemos a partir de estos prejuicios de género, de raza, del lugar donde habitamos geográficamente, del nivel socioeconómico, etc. También hay que empezar a investigar cómo trabajar en la regulación del diseño de estas herramientas tecnológicas para que, cuando influyan en la toma de decisiones, no solamente de funcionarios públicos, sino también en el sector privado, sean lo más neutrales posible. Porque, como se mencionó al inicio, la tecnología *per se* es neutral. Ahora bien, las personas que están trabajando para desarrollar o diseñar esa tecnología no son neutrales, vienen con sus propios sesgos. El desafío es, entonces, cómo hacemos para intentar que esos sesgos no influyan en el diseño de esas tecnologías.

Otro de los grandes temas también, y que en Argentina se empezó a debatir sobre todo en la Ciudad de Buenos Aires, tiene que ver con la cuestión de la hipervigilancia:

cómo usamos la tecnología para vigilar a los ciudadanos y hasta qué punto tenemos que regularlo.

En cuanto a la hipervigilancia y el reconocimiento facial, hay un ejemplo de un comercial chino de venta de tecnología que muestra un sistema de compra *contactless* a través de reconocimiento facial en medio de un centro comercial. Sobre todo por la cuestión del coronavirus, donde se prefiere la utilización de todo lo que sea *contactless* o con el menor contacto posible con el personal o con el público, ahora se ha puesto muy de moda esa modalidad, saltándose un poco los debates o discusiones que se debían dar, y se han logrado muchos progresos. Lo que demuestra el comercial son los avances de la potencia del reconocimiento facial incluso cuando uno se pone pelucas, se maquilla o intenta pasar desapercibido como otra persona. Lo que dice es “no te preocupes, que la tecnología igual te identifica, pongas lo que te pongas”. Acá es donde tenemos que dar el debate sobre la cuestión de este tipo de vigilancias en las ciudades, en los espacios públicos.

Y esto se relaciona con lo previamente mencionado sobre los sesgos que tienen los algoritmos con los que diseñamos. Hemos visto, también, ciertos casos de detenciones de personas en la calle por reconocimiento facial a través de una cámara. Este también es uno de los temas relacionados con tecnología y la inteligencia artificial que hay que abordar y trabajar. Había una frase muy interesante del entonces primer ministro de Finlandia y que la mencionó la primera ministra de Finlandia cuando hablamos con ella, que decía que por más que no seamos países potencia en términos de desarrollo de tecnología -aunque tenemos nuestro desarrollo no somos los países de punta en este sentido-, lo que sí tenemos que tener en cuenta es, por un lado, informar a las personas que toman las decisiones y, principalmente, regularlo, entender también cuál es el impacto que puede tener en nuestra sociedad y de qué manera lo va a hacer.

Hay cuatro temas que se deben discutir. Uno, que es fundamental, es la cuestión del voto electrónico: la tecno-

logía está avanzando, pero todavía no estamos listos para todo lo que tenga que ver con este tipo de voto. Si bien el voto por correo puede ser una catástrofe, como hemos visto ahora con la elección de Estados Unidos, debemos trabajar mucho y no dejarnos guiar tampoco por el optimismo tecnológico, porque ni siquiera estas plataformas de distribución de información son lo suficientemente seguras o avanzadas como para garantizar que el voto, entre otros temas, pueda ser más seguro utilizando tecnología. Es un desafío que tenemos que tener en cuenta.

Otra de las cuestiones relevantes son los *bots*. Hablamos mucho de los *trolls*, con los que tal vez todos nos hemos encontrado en las redes, son personas, por lo general, que están detrás de perfiles falsos y que buscan instigar o polarizar los debates en las redes. Los *bots*, en cambio, son como la nueva generación de automatización de estos *trolls* y pueden, entonces, *retwittear* o *favear* comentarios y así polarizar esas conversaciones, como decíamos antes cuando hablamos de Twitter.

Lo que más preocupa es cómo una tecnología como el reconocimiento de voz o el procesamiento natural del lenguaje (NLP en inglés) involucra, por lo general, sistemas de *software* de inteligencia artificial que se van entrenando cada vez más con las conversaciones. Quiero decir: el procesamiento natural del lenguaje es la capacidad que tienen, por ejemplo, los teléfonos cuando hablamos con Siri, con Cortana, o también los asistentes virtuales en nuestras casas. De alguna manera, dichas tecnologías utilizan todas estas conversaciones para ir entrenando algoritmos con el propósito de que, en cierto modo, puedan ir entendiendo cómo es el procesamiento natural del lenguaje de las personas. En última instancia, para que en algún momento esos *bots* que nos atienden no solamente respondan frases hechas como un asistente virtual de un comercio o un banco, sino que incluso puedan argumentar y responder a cuestiones bastante más elaboradas utilizando incluso la ironía, las diferentes percepciones o el estado de ánimo emocional de las personas.

Se están haciendo bastantes ensayos en algunas selecciones, con cierta preocupación, sobre la posibilidad de que estos *bots* salgan a las redes a convencer a las personas que presentan un tipo de vulnerabilidad por una u otra opción política. Y es ahí donde tenemos que decidir hasta qué punto ese tipo de técnicas son éticas y las podemos permitir para influir en las decisiones, en los votos y, así, en nuestras democracias.

También hay otras herramientas y situaciones muy positivas que están pasando: por ejemplo, la cuestión de la participación política en Madrid o en Taiwán. Creo que hay un espacio para todo lo que es la participación ciudadana, el *crowdsourcing* y la utilización de las redes de una manera positiva para construir consenso, para generar estos espacios de debate que sean positivos, aunque sí es importante alertar sobre los temas que puedan tener un impacto más negativo en nuestras democracias.

A modo de resumen, hay tres cuestiones fundamentales que tenemos que tener en cuenta y abordar cuando nos enfrentamos con estos desafíos. La primera es, sin duda, la educación. Y los cursos, los debates son el lugar fundamental. Pero también los colegios, las universidades, las empresas y la función pública. Estamos continuamente lidiando con la tecnología. Estamos desarrollando tecnología, diseñamos tecnología, nosotros como funcionarios públicos y los legisladores, posiblemente, legislando también sobre el impacto de la tecnología. Entonces, el primer paso es poder educarnos: entender cómo funciona la tecnología. A veces parecen estas cajas negras o *black boxes* que no logramos entender, pero hay maneras muy fáciles para descifrar cómo funcionan. No tenemos que ser expertos, pero sí saber cuál es su impacto para poder regularlo.

La segunda cuestión tiene que ver con volver a la base de que, detrás de todo esto, tiene que haber una ética. Si bien decimos que la tecnología precede, que son herramientas y que es neutral, cómo la abordamos o cómo la diseñamos tiene que tener una ética detrás para establecer dónde está el límite, hasta dónde podemos utilizarla, hasta dónde puede tener un impacto y coartar los derechos y libertades de las personas. En ese sentido, el debate ético hay que darlo.

La tercera cuestión es, sin duda, legislar y regular con responsabilidad. A eso apuntaba la Ley de Responsabilidad Algorítmica en EE.UU, y a la idea de poder trabajar más en profundidad con la Ley de Conocimiento, entendiendo también todo lo que aportan estas grandes plataformas y estas empresas que, sin duda, son una herramienta fundamental para el desarrollo y el crecimiento de nuestros países. Pero también tenemos que tener una mirada de cómo todo ese avance y todo ese desarrollo puede generar una mejor redistribución de la riqueza que se genera.

Porque, al final, lo que estamos empezando a ver es que el gran elemento fundamental y económico –y el gran vínculo de la tecnología con las personas– es la generación de esos datos que ahora se llaman el nuevo petróleo o el nuevo oro. Podemos decir que es incluso mucho más que el oro o que el petróleo, porque nunca en la historia económica hemos tenido un recurso tan abundante, tan barato y que además no es escaso porque abunda en todas las personas. Lo que sí tenemos que debatir es cómo es posible que el 80% de los datos del mundo esté concentrado en solamente cinco empresas –Google, Facebook, Amazon, IBM y Apple–, y cómo realmente tenemos que pensar en modelos en donde los datos tienen que ser ni bienes privados ni bienes enteramente públicos, sino bienes comunes sobre los cuales también la ciudadanía y las personas puedan tener soberanía.

Con esa perspectiva, y con el inicio de todo esto, es que podemos pensar y construir democracias más resistentes: democracias y desafíos para el siglo XXI que realmente puedan ser resistentes frente a estos avances. Cuando hablamos de resistentes, aprovechando ahora la cuestión de la pandemia, hablamos de cómo generamos “vacunas” que puedan inocular a nuestras democracias, para que, justamente, la tecnología pueda ser, o volver a ser, lo que en su inicio habíamos pensado: esa gran aliada para construir confianza, para generar más y mejor calidad de vida para las personas, y, en última instancia, generar más derechos y libertad.

Acerca de los autores y las autoras

Daniel Innerarity

Es doctor en Filosofía, investigador IKERBASQUE en la Universidad del País Vasco y director del Instituto de Gobernanza Democrática. Es profesor a tiempo parcial en el Instituto Universitario Europeo en Florencia. Ha sido profesor invitado en diversas universidades de prestigio europeas y norteamericanas. Sus últimos libros publicados son *Pandemocracia. Una filosofía de la crisis del coronavirus* (2020) y *Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI* (2019).

Marcelo Cavarozzi

Es doctor en Ciencia Política por la Universidad de California. Se especializa en política comparada de América Latina y en la relación entre capitalismo y democracia. Es investigador principal del CONICET en la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín, donde anteriormente se desempeñó como decano. Fue director del Centro de Estudios de Estado y Sociedad, e investigador asociado del Centro de Investigaciones en Administración Pública del Instituto Torcuato Di Tella. Realizó consultorías para el Banco Mundial y el PNUD. Es autor, entre otros títulos, de *Autoritarismo y democracia (1955-2006)* y *El capitalismo político tardío en América Latina*.

Yanina Welp

Es investigadora asociada en el Albert Hirschman Centre on Democracy, Graduate Institute, Ginebra. Entre 2016 y

2019 fue codirectora del Latin American Zurich Center en la Universidad de Zurich. Es doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona). Se especializa en el estudio de la participación política, tema sobre el que ha publicado libros, capítulos y artículos. Es cofundadora de la Red de Politólogas y coordinadora editorial de Agenda Pública.

Fernando Calderón

Es profesor y director del programa sobre innovación, desarrollo y multiculturalismo en la Universidad Nacional de San Martín. En 2018, fue titular de la cátedra Simón Bolívar de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Cambridge. Ha sido secretario ejecutivo de CLACSO, ha trabajado por veinte años en Naciones Unidas como asesor en Políticas Sociales de la CEPAL y como asesor especial regional en Desarrollo Humano y Gobernabilidad del PNUD para América Latina.

Cecilia Nicolini

Actualmente, integra el Consejo de Asesores del Presidente de la Nación. Es politóloga por la Universidad Católica Argentina, magíster en Administración Pública por la Universidad de Harvard, magíster en Comunicación Política e Institucional en el Instituto Universitario Ortega y Gasset, y posee un MBA en el IE Business School. Se ha desempeñado como investigadora en el Instituto Tecnológico del Massachusetts en el área de tecnología e innovación. Sus temas de investigación son democracia, participación política y tecnología.

